



# CORTES GENERALES

# DIARIO DE SESIONES

# SENADO

XII LEGISLATURA

Núm. 98

24 de abril de 2017

Pág. 1

## COMISIÓN ESPECIAL SOBRE LA EVOLUCIÓN DEMOGRÁFICA EN ESPAÑA

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. D. IGNACIO COSIDÓ GUTIÉRREZ

Sesión celebrada el lunes, 24 de abril de 2017

### ORDEN DEL DÍA

#### Comparecencias

- Comparecencia de la Científica titular del Instituto de Economía, Geografía y Demografía del CSIC (IEGD), D.<sup>a</sup> María Dolores Puga González, ante la Comisión Especial sobre la evolución demográfica en España, para informar en relación con la materia objeto de estudio de la Comisión.  
(Núm. exp. 713/000165)  
Autor: GRUPO PARLAMENTARIO SOCIALISTA
- Comparecencia del economista, investigador del sistema público de pensiones y las consecuencias del envejecimiento de la población, D. José Antonio Herce San Miguel, ante la Comisión Especial sobre la evolución demográfica en España, para informar en relación con la materia objeto de estudio de la Comisión.  
(Núm. exp. 715/000070)  
Autor: GRUPO PARLAMENTARIO POPULAR EN EL SENADO
- Comparecencia de la Catedrática de Geografía Humana y Directora Honoraria del Centre de Estudis Demogràfics de la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB), D.<sup>a</sup> Anna María Cabré Pla, ante la Comisión Especial sobre la evolución demográfica en España, para informar en relación con la materia objeto de estudio de la Comisión.  
(Núm. exp. 713/000134)  
Autor: GRUPO PARLAMENTARIO VASCO EN EL SENADO (EAJ-PNV)

El señor PRESIDENTE: Buenas tardes a todos. Con la puntualidad propia de esta Comisión Especial sobre la evolución demográfica en España, se abre esta nueva sesión.

## COMPARECENCIAS

- COMPARECENCIA DE LA CATEDRÁTICA DE GEOGRAFÍA HUMANA Y DIRECTORA HONORARIA DEL CENTRE DE ESTUDIS DEMOGRÀFICS DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA (UAB), D.<sup>a</sup> ANNA MARÍA CABRÉ PLA, ANTE LA COMISIÓN ESPECIAL SOBRE LA EVOLUCIÓN DEMOGRÁFICA EN ESPAÑA, PARA INFORMAR EN RELACIÓN CON LA MATERIA OBJETO DE ESTUDIO DE LA COMISIÓN.

(Núm. exp. 713/000134)

AUTOR: GRUPO PARLAMENTARIO VASCO EN EL SENADO (EAJ-PNV)

El señor PRESIDENTE: Les anuncio que se ha producido una modificación del orden del día, porque la última comparecencia prevista para la tarde de hoy, la de doña Anna María Cabré Pla, no podrá celebrarse por cuestiones de salud de la compareciente, por cuestiones personales. No obstante, ella ha manifestado su voluntad de comparecer en la comisión y lo hará en próximas fechas, pero hoy le era imposible.

Por tanto, se celebrarán las otras dos comparecencias que estaban previstas para hoy.

- COMPARECENCIA DE LA CIENTÍFICA TITULAR DEL INSTITUTO DE ECONOMÍA, GEOGRAFÍA Y DEMOGRAFÍA DEL CSIC (IEGD), D.<sup>a</sup> MARÍA DOLORES PUGA GONZÁLEZ, ANTE LA COMISIÓN ESPECIAL SOBRE LA EVOLUCIÓN DEMOGRÁFICA EN ESPAÑA, PARA INFORMAR EN RELACIÓN CON LA MATERIA OBJETO DE ESTUDIO DE LA COMISIÓN.

(Núm. exp. 713/000165)

AUTOR: GRUPO PARLAMENTARIO SOCIALISTA

El señor PRESIDENTE: Comenzamos con la comparecencia de doña María Dolores Puga González, científica titular del Instituto de Economía, Geografía y Demografía del Centro Superior de Investigaciones Científicas, el IEGD, comparecencia a propuesta del Grupo Parlamentario Socialista. Sin duda, también el resto de grupos parlamentarios estaremos encantados de escucharla.

Le agradecemos muy sinceramente que haya tenido a bien comparecer ante esta comisión y, sin más, tiene la palabra, señora Puga.

La señora PUGA GONZÁLEZ (científica titular del Instituto de Economía, Geografía y Demografía del CSIC, IEGD): Muchas gracias, señor presidente.

Quisiera empezar agradeciéndoles muy sinceramente su amable invitación y deseándoles mucho éxito en su tarea en esta comisión. *(La señora compareciente apoya su intervención en la proyección de diapositivas).*

Quiero plantearme junto con ustedes algunas de las preguntas que habitualmente se hacen sobre la situación demográfica en España o, al menos, las que habitualmente me hacen a mí. Oímos hablar con mucha frecuencia de crisis demográfica o incluso, con apelativos mucho más apocalípticos, de invierno demográfico, suicidio demográfico o autogenocidio demográfico. Pero ¿de verdad estamos tan mal? Uno se puede preguntar: ¿será que somos muchos menos que hace veinte años? ¿Quizá nacen muchos menos niños que hace veinte años? ¿Acaso vivimos menos que hace veinte años? La respuesta a estas tres preguntas es un no rotundo. No somos menos que hace diez, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta años... y, así, hasta el umbral que ustedes quieran. Tampoco nacen menos niños que hace veinte o veinticinco años. Nacen unos poquitos menos que hace diez años, bastantes más que hace veinte, unos poquitos más que hace veinticinco y unos poquitos menos que hace treinta. En realidad, desde hace treinta años tenemos en torno a 400 000 nacimientos al año, unos miles arriba, miles abajo. Tenemos que irnos nada menos que a los setenta para encontrar unas cifras de natalidad sustancialmente diferentes, y de los setenta a esta parte hemos tenido momentos mejores y momentos peores, pero tampoco nos ha ido tan mal. Desde luego, tampoco vivimos mucho menos que hace veinte años ni que hace doscientos. Desde hace ciento cincuenta años, de forma extraordinariamente estable, ganamos dos años y medio por cada década que sobrevivimos o, si lo prefieren, tres meses por cada año o seis horas por cada día que sobrevivimos. Es

decir, si sobrevivimos a esta comparecencia —espero que no sea mortal—, habremos ganado un cuarto de hora de vida. Luego tan mal no nos va.

Estamos ante un cambio demográfico, un cambio y no una crisis. ¿Por qué? Porque no tiene ningún componente cíclico, no tiene vuelta atrás, porque no vamos a recuperar la situación previa. Los demógrafos llamamos a este cambio demográfico la transición demográfica. ¿En qué consiste? En realidad, en la modernización de una población. Pasamos de poblaciones que tienen altas tasas de natalidad porque necesitan sustituir a la población para mantenerla estable, una población que tiene altas tasas de mortalidad desde edades infantiles —hacen falta muchos niños porque se pierden pronto, porque pocos llegan a adultos—, a poblaciones que se bastan con bajas tasas de natalidad porque tienen una supervivencia muy alta desde los primeros años de vida y la mayoría de los nacidos alcanzan, no solo la adultez, sino incluso la vejez, es decir, viven largas trayectorias de vida. En mi opinión, este proceso de cambio demográfico no solo no es un problema sino el resultado de varios éxitos. El primero, que somos más iguales ante la muerte, y eso difícilmente es una mala noticia. Antes se moría mucha gente muy pronto y unos poquitos llegaban a los 65 o 70 años. Ahora, la mayoría de los nacidos alcanzan la vejez. El segundo éxito es que todos vivimos más, mucho más; vivimos hasta edades muy avanzadas. Y el tercero es que somos más eficientes desde el punto de vista reproductivo. ¿Qué quiere decir esto? Que malgastamos menos vida, que no necesitamos generar tanta vida, que perdemos muy pronto, como ocurría en el pasado. Ahora, con los nacimientos que tenemos logramos trayectorias de vida muy prolongadas.

Pero, como todos los cambios, eso tiene consecuencias. ¿Cuáles son las consecuencias del cambio que supone la transición demográfica? El primero, que dejamos de crecer, y eso hay que asumirlo. Se acabó el crecimiento vegetativo. Creceremos por inmigración o por emigración, pero es normal tanto en las poblaciones pretransicionales como postransicionales. La excepción es crecer. Las poblaciones solo crecen durante el periodo de la transición demográfica en el que, como pueden ver en la imagen, ambas curvas se separan porque primero cae la mortalidad y después la natalidad se adapta. Ese periodo transicional es el único momento de la historia de cualquier población en el que esta aumenta por crecimiento vegetativo. Pero, como digo, esa es la excepción, porque el crecimiento vegetativo no es normal en una población, las poblaciones tienden a la estabilidad. Todos los países europeos crecimos mientras tuvimos la transición demográfica, durante el siglo XX, pero el crecimiento vegetativo —repito— se acabó, y no es un drama sino la consecuencia del final de la transición demográfica. De hecho, algunas poblaciones españolas, como la gallega, han dejado de crecer desde hace décadas.

Otra consecuencia de este cambio demográfico es que cambia la relación entre los grupos de edad, la estructura por edades. Piensen ustedes que una población que necesita generar menos niños porque todos los nacidos viven durante largas trayectorias de vida es, lógicamente, una población con menos niños y más personas de mayor edad. Lo denominamos envejecimiento demográfico, y ha llegado aquí para quedarse. Todas las poblaciones del mundo sufren el proceso que estoy describiendo; lo han sufrido las europeas y lo están sufriendo el resto. Es decir, el conjunto de la población mundial está envejeciendo, no nos ocurre solo a nosotros y no tiene vuelta atrás. No hay ninguna población del mundo en la que tengamos evidencias de que este proceso se haya revertido. Es irreversible.

¿Esta nueva realidad supone un problema en términos demográficos? Creo que hay que responder esta pregunta con distintas escalas, temporales y territoriales. A día de hoy, y a escala estatal, les diría que no. Les pido que observen esta pirámide de población, pero no esperen ver una pirámide —a lo mejor deberíamos dejar de llamarla así—. Vamos a hablar de gráfico de población, porque a veces oímos hablar de las pirámides sanas, de esas que realmente con esa forma, pero no hay pirámides más insanas que esas, y es que para que parezcan pirámides tienen que morir niños desde el primer año de vida —realmente, un gráfico de población sano sería una columna—. Como decía, vamos a observar este gráfico de población. ¿De verdad les parece que estamos tan mal? La situación actual es lo que los demógrafos llamamos el dividendo demográfico, una situación que tenemos desde hace dos décadas y que todavía tendremos durante una década más. ¿A qué se refiere? A ese momento único en la historia de una población que tiene lugar al final de la transición demográfica, en el que en edades adultas tenemos las últimas generaciones llenas, las últimas generaciones de alta natalidad; especialmente llenas, en el caso de las poblaciones europeas, por los *baby boomers*. Por otro lado, en la base de la pirámide, en los dependientes por abajo, tenemos las primeras generaciones vacías del *baby bust*, de la caída de la natalidad. Y en los dependientes por arriba hay generaciones todavía muy mermadas de la época de altas mortalidades. Si se fijan, verán que están especialmente mermadas en el caso de España porque tenemos en la vejez las generaciones más vacías de nuestra historia, las de los no nacidos en la guerra. Estamos, pues, en una situación con más población potencialmente activa en edades activas de la que vayamos a tener nunca y con menos

dependientes en conjunto, por arriba y por abajo, de los que vayamos a tener nunca. Este es el momento de llenar las huchas, no de vaciarlas; y, si no las estamos llenando, no es culpa de la demografía. Y en cuanto al futuro, lo único cierto es que vamos a tener *baby boomers* de edades más avanzadas.

¿Y qué va a pasar con la población en edad adulta? Mi mejor recomendación es tener mucha cautela al leer las proyecciones de población como si fueran certezas, porque son ejercicios de estimación estadística técnicamente impecables pero que exigen hipotetizar sobre dinámicas altamente variables.

Déjenme mostrarles las últimas proyecciones de población realizadas por el INE. En esta imagen pueden ver las proyecciones hechas en 2007, en el escenario bajo —el INE todavía no hacía proyecciones con escenarios altos y bajos, que es lo que hay que hacer—. Son las proyecciones de población del INE con el horizonte 2015. En color rojo está representada la población real. Verán que hay más de 3 millones de individuos de diferencia entre unas proyecciones a medio plazo, que no son tan arriesgadas, y lo que ocurrió en realidad. En esta otra imagen pueden observar la proyección hecha por el INE en 2009. Y, al fondo, abajo, pueden observar la que realizó solo tres años después, en 2012, con el horizonte 2050. Hay más de 6 millones de habitantes de diferencia entre las proyecciones hechas con solo tres años de diferencia por el INE. Observen ahora la curva amarilla. Es la última proyección del INE, la de 2016, representada solo hasta el horizonte 2050, para no irnos más lejos. Y esta otra es la correspondiente a la proyección de Eurostat realizada exactamente en la misma fecha y con el mismo escenario de partida y las mismas dinámicas iniciales: 2016. Entre la proyección del INE y la de Eurostat hay más de 5 millones de habitantes de diferencia en el horizonte 2050. Entre la más alta y la más baja hay más de 8 millones de habitantes de diferencia. Con esto les quiero transmitir que no tenemos certeza sobre el futuro, que las proyecciones de población, que técnicamente son impecables, exigen hipotetizar sobre fenómenos tan variables como las migraciones, muy ligados a los ciclos económicos y al mercado de trabajo; y a ver quién ha sido capaz de predecir hasta ahora variaciones en los ciclos económicos. Como dice un excelente demógrafo, Juan Antonio Fernández Cordón, entre demografía y mercado de trabajo siempre gana el mercado de trabajo. Si somos capaces de generar puestos de trabajo, aunque no tengamos población nacida la importaremos —ya ha ocurrido—. Y si no somos capaces de generar puestos de trabajo, dará igual los nacidos que tengamos, llevaremos años invirtiendo en ellos y los exportaremos. Y exportar población no es el mejor de los negocios, créanme.

Por tanto, la situación exige hipotetizar sobre migraciones, lo que, como he dicho, es muy complicado —aquí pueden ver todas las variaciones de las proyecciones en los últimos años—. Por otro lado, cuando interpretamos las proyecciones con datos como la ratio de dependencia, muchas veces asumimos la estabilidad de fenómenos o dinámicas altamente variables, como, por ejemplo, las tasas de actividad por sexo y edad. La ratio de dependencia asume que toda la población en edad activa es población activa. Pues bien, estamos incurriendo en un error enorme, porque tenemos inactividad femenina, tenemos las tasas de actividad por encima de 50 años más bajas de Europa, y no hace falta que les hable de las tasas de ocupación juvenil, ¿verdad? Les daré un dato: en 2030, dentro de veinte años, cuando todos los *baby boomers* tengan edades más avanzadas, si toda la población potencialmente activa, en edad activa, fuese realmente población activa, tendríamos menos dependientes que hoy; serían distintos, serían más mayores y, en menor medida, niños y parados, pero tendríamos —repito— menos dependientes que hoy. Así que hay que tener cuidado con asumir estabilidad en situaciones como esta.

Otra cuestión que también entendemos estable muchas veces cuando hacemos cálculos sobre el futuro es el umbral del inicio de la vejez. Oímos hablar del porcentaje de mayores de 65 años en 2060, pero está por ver que en 2060 sigan siendo mayores los mayores de 65 años. Hay muchos científicos que a día de hoy están discutiendo que, más que estar envejeciendo, estamos rejuveneciendo. ¿Por qué? Porque, a las mismas edades, somos más jóvenes en términos de esperanza de vida, y de esperanza de vida en buena salud, de lo que nunca lo ha sido ningún miembro de ninguna generación anterior a esa edad. A los 65 años tenemos unas expectativas de vida y una calidad de vida mayores de las que nunca ha tenido un individuo con 65 años de una generación anterior. Hay propuestas como la de Scherbov y Sanderson que consisten en fijar el umbral de inicio de la vejez respecto a la edad prospectiva; es decir, respecto a la esperanza de vida, en lugar de respecto al nacimiento. No propongo que se asuma esta propuesta, que me parece de difícil operativización, además de injusta, porque sabemos que nuestra esperanza de vida es muy diferente por género, por nivel educativo, por lugar de residencia; pero pongamos en cuestión el hecho de que el umbral de inicio de la vejez tenga que ser necesariamente estable y lo vaya a ser así durante décadas y décadas. Sencillamente, si asumimos un umbral móvil, verán ustedes que indicadores que normalmente resultan un poco alarmantes, como la proporción de personas mayores en el futuro, tienen una evolución mucho menos alarmante. Por tanto, como he dicho, mi respuesta a esta pregunta será

diferente por escalas temporales y espaciales. A nivel estatal, hoy les diría que no tenemos un problema demográfico. Y en el futuro, depende.

Vamos a ver otras escalas territoriales. Algunas comunidades autónomas españolas están entre las 30 regiones más envejecidas de Europa, como Castilla y León, el Principado de Asturias y Galicia. Y a nivel NUTS 3, algunas provincias españolas, como Orense, Zamora, Lugo o León, están también entre las áreas más envejecidas de Europa. ¿Qué ocurre en esas áreas? Exactamente lo mismo que les he descrito del conjunto de la población española y, de hecho, del conjunto de la población mundial: están sufriendo el mismo fenómeno de transición demográfica, con las mismas consecuencias. ¿Y por qué tienen una situación diferente? Porque lo están sufriendo de forma acelerada. Han experimentado el proceso de transición demográfica y, por tanto, de envejecimiento de la población de forma mucho más rápida que otras regiones. ¿Por qué? ¿Porque han tenido menos hijos en el pasado? Ni mucho menos —miren ustedes esas regiones, bien al contrario—. Fíjense: son regiones del este de Alemania, del centro y sur de Italia, del interior de Portugal y del noroeste de la península ibérica. ¿Qué tienen en común? Que son regiones que fueron intensamente emigratorias durante buena parte del siglo XX, y la emigración es el más potente acelerador del envejecimiento demográfico que existe porque se pierde población por dos vías simultáneamente: perdemos directamente la población joven, que es la que emigra, pero también perdemos los nacimientos a los que daría lugar esa población, que es la que está en edad reproductiva. No es que las gallegas no tengan hijos, es que los tienen en Londres. Esa es la cuestión. Tenemos un envejecimiento acelerado.

¿Qué pasa entonces? No sé si recuerdan que 2015 tuvo cierta repercusión mediática porque era el primer año en el que teníamos más defunciones que nacimientos. Eso ocurre, por ejemplo, en Galicia desde 1986. Les he traído la pirámide de población, que ya han visto ustedes, de España de 2016 y la de una provincia con altas tasas de fecundidad en el pasado, pero con una muy intensa emigración durante todo el siglo XX. Es la pirámide de Lugo de hace veinticinco años, de 1991, y ya entonces estaba más envejecida que el conjunto de la población española. Lo que ocurre es que esas áreas están envejeciendo mucho más rápidamente, están sufriendo el mismo fenómeno, pero acelerado por la emigración de jóvenes.

La siguiente pregunta, por tanto, sería: ¿podemos solucionar el envejecimiento demográfico? Creo que con lo que les he explicado hasta ahora se pueden imaginar la respuesta: no tiene solución. Pero me voy a desdecir: tiene una, tiene la misma que el envejecimiento individual. ¿Cuál es la solución para no llegar a ser viejo? Morirse antes. La única solución para que una población no llegue a vieja es aumentar la mortalidad infantil, pero no creo que eso le parezca una solución a ninguno. Por tanto, vamos a asumir que no tiene solución, que no podemos darle la vuelta. Es un fenómeno universal por el que pasan todas las poblaciones del mundo. Es como la ley de la gravedad: las manzanas no van a caer para arriba, por más que nos empeñemos.

En consecuencia, ¿qué podemos hacer? Podemos intentar ralentizar el proceso de envejecimiento demográfico en aquellas regiones en donde se está produciendo de una forma más acelerada. Pero hay que intentar ir a las causas, que son la pérdida de población joven. En estas áreas tenemos una emigración estructural. Fíjense en los flujos de inmigración y emigración de la población gallega y verán que nunca dejó de haber importantes flujos de emigración, ni siquiera en la época de las vacas gordas. Estaban tapados por un saldo migratorio ligeramente positivo, pero seguía habiendo importantes flujos de pérdida de población joven. Y tengan en cuenta que las estadísticas oficiales recogen muy bien los flujos inmigratorios, pero muy mal los emigratorios. Estudios de diferentes flujos en distintos lugares de destino han estimado que las estadísticas oficiales de emigración recogen entre la mitad y una cuarta parte de los flujos reales. Por tanto, imagínense cuáles pueden ser los flujos reales en algunas partes del territorio español.

La solución no tiene nada que ver con la voluntad reproductiva de la población joven y, sin embargo, tiene mucho que ver con su presencia en el territorio, con la posibilidad de seguir viviendo y trabajando en esos territorios; y eso no se arregla con campañas publicitarias. Les voy a poner un ejemplo. En las últimas elecciones al Parlamento gallego una promesa electoral fue que hubiera una casa nido en cada municipio. Les confieso que me pareció muy bien, una promesa muy atractiva, pero después vi la población femenina menor de 50 años en los municipios gallegos. Figura en este mapa. Fíjense en buena parte de los municipios de Lugo y Orense, y comprobarán que no tenemos potencial reproductivo. Para que haya niños tiene que haber madres. Si no hay madres, no hay niños. Entonces, ¿para qué queremos una casa nido? ¿Para los pájaros? ¿Qué hacen, por ejemplo, en el este de Alemania? En las áreas rurales más envejecidas se montan institutos de investigación que atraen a gente joven, que después puede ser padre y madre. Y ya pondremos después las casas nido. A priori, parece una idea mejor.

¿Y la fecundidad? ¿Nos va a arreglar el envejecimiento demográfico? Llevamos treinta y cinco años con índices de fecundidad por debajo de 2 y treinta años con índices de fecundidad por debajo de 1,5. No hay ninguna población postransicional que haya vuelto a los 4 hijos por mujer; ninguna. Algunos países europeos, después de muchas décadas de inversión continua, estable e intensa en política social —por ejemplo, Suecia o Francia—, han conseguido remontar un poco los índices de fecundidad y se han situado en torno a los dos hijos. Ese es el techo en una población postransicional. Pero, si mañana tuviésemos un índice sintético de fecundidad de 2, ¿arreglaríamos el envejecimiento demográfico? No. ¿Y por eso no debemos hablar de fecundidad? No; la fecundidad importa, pero no como salvación. No va a ser la salvación, pero es importante. ¿Saben por qué? Porque, encuesta tras encuesta, la población nos dice que quiere tener más hijos de los que finalmente tiene, luego es una cuestión de derechos reproductivos. No hay que influir sobre la voluntad de la gente, porque esa voluntad ya existe. La población quiere tener 2 hijos de media en España, pero la realidad es que después difícilmente da el paso del primero al segundo. Es una cuestión de posibilidades, no de voluntades. Fíjense en los índices sintéticos de fecundidad de activas e inactivas. No tengo el de las ocupadas, pero una compañera experta en fecundidad, Teresa Castro, me comentaba que el de las ocupadas en España es 2,1. Ese es precisamente el de las suecas. No se me ocurre mejor política demográfica: el acceso de los jóvenes a puestos de trabajo.

En el paso de 0 a 1 también es importante poder formar una familia, poder emanciparse, pero tenemos las edades medias de emancipación más tardías de Europa, junto con Italia. También son necesarias, pues, políticas de acceso a la vivienda para los jóvenes.

Y lo que ha caído en picado en las últimas décadas es la transición de 1 a 2 hijos. La de 0 a 1 todavía la hace la mayor parte de la población, porque en cierta medida es una cuestión de realización personal, porque se quiere ser padre y madre. Pero el coste de la crianza del primer hijo es tal, que el paso de 1 a 2 ya no se hace. A lo mejor permisos de paternidad iguales e intransferibles harían que los costes de la maternidad en las carreras laborales de las mujeres fueran menores o no tan grandes y se lograría así que dieran en mayor medida ese paso de 1 a 2.

¿Hacia dónde se dirige la mayor parte de las políticas de ayuda a las familias en este país? A aquellas que tienen 3 o más hijos. ¿Saben qué porcentaje de familias hacen la transición del tercer al cuarto hijo? Menos del 3 %. Quizá si esas ayudas se dirigieran a la transición del primer al segundo hijo serían un poco más efectivas.

Y, para terminar con la fecundidad, miren ustedes la evolución de la edad media en la maternidad. Con esa evolución, probablemente tendría algún sentido pensar en incluir políticas de tratamientos de fecundidad asistida en la sanidad pública.

En fin, quiero proponerles que cambiemos las preguntas, que dejemos de preguntarnos cómo solucionar el envejecimiento demográfico, que difícilmente vamos a solucionar, y empecemos a preguntarnos si estamos realmente preparados para el envejecimiento demográfico, cómo nos preparamos para él. Esa es la pregunta cuya contestación es de cierta urgencia.

No quiero abusar de la paciencia y generosidad del señor presidente.

El señor PRESIDENTE: Como tenemos una comparecencia menos, podemos ser más flexibles.

La señora PUGA GONZÁLEZ (científica titular del Instituto de Economía, Geografía y Demografía del CSIC, IEGD): Voy a mostrarles dos diapositivas más, y termino.

Este es el mapa de la esperanza de vida municipal en Galicia. Les pido disculpas por no traerles el de España, pero no tenemos datos para calcular esperanzas de vida municipales a nivel de España. Así de bien estamos en estadísticas demográficas; por eso, habría que plantearse que, si la demografía es una cuestión relevante para la política pública nacional, hay que conocer la situación de subdesarrollo estadístico que tenemos en materia demográfica en este país, porque es lamentable. Como digo, este es el mapa de la esperanza de vida, del nacimiento municipal.

Tienen ahí un mapa de montaña, donde se ve la cordillera central gallega, las montañas de Orense y las del sureste de Lugo; pero si incluimos la salud en esta ecuación, si incluimos la calidad de vida, el mapa de esperanza de vida libre de discapacidad tiene prácticamente el negativo del anterior.

Este es un mapa de áreas metropolitanas. Aquí tienen el eje atlántico: Coruña, Santiago, Pontevedra, Vigo y las capitales provinciales. Es un mapa de accesibilidad a servicios, es decir, estamos convirtiendo un alto potencial de vida de zonas de montaña en un bajo potencial de vida en salud, debido a la dificultad de accesibilidad a servicios en esas zonas. Donde tenemos un alto potencial de vida en salud es en zonas

urbanas, en áreas metropolitanas. Estamos colocando los servicios allí donde es fácil ponerlos. Cuidado, porque estamos en un país que está envejeciendo.

Voy acabando. Les propongo que dejemos de culpar a las cigüeñas y que empecemos a dedicar esos recursos y ese tiempo que necesitamos para adaptarnos a una nueva realidad que tenemos aquí, que ha llegado para quedarse, a la que no le vamos a dar la vuelta y que además está llegando de forma acelerada a algunas áreas del territorio. Por tanto, es importante empezar a hablar de transformaciones en los servicios de salud, de cuidados de larga duración, de envejecimiento activo y de jubilación.

No quiero alargar más la presentación, solamente voy a hacer un apunte. El principal reto en materia demográfica no tiene que ver con la transformación en estructuras por edades, sino con las trayectorias de vida, y tampoco tenemos datos de trayectorias de vida desde 1991. Quizá en las preguntas tengamos más tiempo para abordar esta cuestión. Pero si la demografía importa, sería importante que hiciéramos alguna reflexión sobre cómo se está tratando la demografía en la estadística pública de este país, y les dejo en la pantalla algunas de las ideas principales que he querido transmitirles en esta presentación.

Les agradezco mucho su atención y al señor presidente le agradezco su paciencia. Quedo a su disposición para cualquier pregunta que quieran hacerme.

El señor PRESIDENTE: En absoluto, ha sido muy interesante y creo que nos ha aportado muchos datos y muchas ideas que serán útiles, sin duda.

Abrimos, a continuación, un turno a los distintos grupos parlamentarios para que puedan formular sus preguntas o hacer comentarios. Después, daremos otro turno a la compareciente para que pueda responder las diferentes cuestiones.

Como marca el Reglamento, en primer lugar, tiene la palabra, en nombre el grupo parlamentario que ha pedido la comparecencia —en este caso el Grupo Parlamentario Socialista—, su portavoz adjunta, que repartirá el tiempo con el portavoz de su grupo.

La señora BORA AGUIRRE: Sí, nos lo repartiremos.

Muchísimas gracias, María Dolores Puga, por su exposición. Ha sido excelente, nos da ánimos y ganas de seguir trabajando para encontrar esos cauces que puedan revertir, sobre todo, la despoblación que preocupa en zonas tan deprimidas como Teruel, a la que yo represento, donde el problema no es solo el envejecimiento, sino también la emigración. En ese panorama que tenemos, ¿qué medidas habría que aplicar para evitar ese flujo, fijar población, servicios...? ¿Todo va relacionado con inversiones o hay algún otro método que no necesite una inversión económica, sino un cambio social para intentar mejorar esa situación?

Muchísimas gracias.

El señor ÁLVAREZ ARECES: Para completar el tiempo —y voy a ser muy breve—, quiero hablar de otro territorio afectado muy parecido a Galicia.

En primer lugar, quiero agradecer, también como miembro del Grupo Socialista, su comparecencia y su presencia aquí. Creo que ha aportado reflexiones interesantes que, quizá debido a que el tiempo no era muy extenso, nos han suscitado preguntas, nos han abierto interrogantes, que ahora vamos a tratar de aclarar. De esas reflexiones con las que ha desmitificado algunas de las cuestiones demográficas, hay una que decía: creemos condiciones de vida adecuadas en los territorios donde se está produciendo para que los jóvenes tengan ahí oportunidades de vida; he creído entender que ese era su principal mensaje. Si lo combinamos, además, con territorios orográficamente complejos, como es el caso de Galicia, Asturias, Teruel, Aragón o algunos otros, nos encontramos con una despatrimonialización brutal que tiene su origen en emigraciones hasta del siglo XIX, porque la gran emigración trasatlántica en España de estos territorios es del siglo XIX; o sea, que venimos padeciendo en origen unas series lastradas precisamente por esos fenómenos. En Asturias, concretamente, yo distinguiría tres grandes procesos migratorios: el trasatlántico del siglo XIX hasta el primer tercio del siglo XX, el de la guerra civil española hacia otros países, que fue también enorme, y el tercero, el producido por la crisis del carbón y del acero en los años sesenta, que provocó otra gran riada migratoria hacia países europeos, fundamentalmente. Si unimos esto a la orografía accidentada, se produce lo que vemos en las series. A mí me tocó gobernar en Asturias en un período en el que, no sé si por intuición o porque ya preveíamos esto, los territorios de zonas de montaña y medios rurales fueron dotados de servicios públicos fundamentales, lo que fue, desde mi punto de vista, un acierto. No sé cuál es su opinión —espero que coincidamos, porque parece que apuntaba por ahí—, pero el diseño de hospitales en zonas que no son rentables económicamente y que, desde luego, tienen

tasas muchísimo más altas de gasto por habitante que en zonas urbanas, la red sanitaria, la red de centros de atención primaria y especializada con hospitales, la red de atención a las personas dependientes y las comunicaciones en esos territorios, incluyendo el acceso a internet, son elementos vitales para que la población joven se pueda asentar y para que se creen en ellas oportunidades de vida. ¿Es este el verdadero reto? Y si es este, ¿deberíamos incorporar alguna reflexión colateral con lo que está pasando en esta comisión, que es que los expertos están discutiendo el sistema de financiación? ¿Se debe tener en cuenta esta situación en estos territorios para corregir la ratio por habitante, que se pretende que en alguno sea el criterio de financiación, cuando debería ser una ratio por habitante corregida con factores que incentiven el crecimiento demográfico?

El señor PRESIDENTE: Muchas gracias al portavoz socialista, Vicente Álvarez Areces.

Damos la palabra, en función de los grupos que están presentes en la comisión, al portavoz de Unidos Podemos, Ignacio Bernal.

El señor BERNAL LUMBREERAS: Gracias, presidente. Gracias, señora Puga, por comparecer.

Nosotros queremos formular una cuestión solamente, pero antes la quiero felicitar por ese aspecto positivo que le ha dado a su exposición, puesto que nos estamos acostumbrando a oír mensajes catastrofistas y natalistas, por lo que me ha resultado muy agradable escucharla.

Por concretar una frase que ha dejado usted incompleta, quisiera hacerle una pregunta, más que nada por corroborar cuál sería la continuación. Ha comentado usted que si no se llena la hucha de las pensiones no es por culpa de la demografía, pero no ha dicho qué responsabilidades o qué causas pueden ser las que han hecho que no se haya llenado la hucha de las pensiones. ¿Podría profundizar un poco más en esa frase?

El señor PRESIDENTE: Muchas gracias.

Tiene la palabra el portavoz del Grupo Popular, el senador Alfonso Rodríguez Hevia.

El señor RODRÍGUEZ HEVIA GONZÁLEZ: Muchas gracias, señor presidente. Señorías, buenas tardes.

En primer lugar, quiero saludar y agradecer la comparecencia de doña Dolores Puga en esta comisión que, como conoce, es consecuencia de la Conferencia de Presidentes, porque fue cuando el presidente del Gobierno y los distintos presidentes de las comunidades autonómicas pactaron la elaboración de una estrategia nacional que asumiera el reto demográfico. Nosotros estamos aquí para intentar hacer propuestas realistas y concretas que se puedan integrar en esa estrategia nacional.

Dicho esto, querría hacer algunas consideraciones y luego formular algunas cuestiones. La primera es que lo bueno que tienen las comparecencias de personas muy heterogéneas, con distinto perfil o distinta procedencia, es que los mensajes no sé si se contradicen, pero desde luego son distintos. Porque hasta ahora, como también han dicho los compañeros que me han precedido en el uso de la palabra, habíamos oído hablar siempre de crisis demográfica. Es la primera vez que se habla de transición demográfica, con lo cual me parece bien; quizá le da otro enfoque al tema. En cualquier caso, hay dos claves, que son, en mi opinión, el envejecimiento y la despoblación. Comparto con usted que el envejecimiento no es ningún problema ni ningún fracaso; al contrario, es un éxito. El hecho de que todos vivamos más y en mejores condiciones es porque los propios condicionantes de la salud están ahí y hacen su labor. Y me ha gustado —lo tenía apuntado porque había leído alguna cosa suya— lo que decía respecto a que el envejecimiento es irreversible y que ha venido para quedarse.

En cuanto a la pérdida de población, algunos comparecientes que han venido con anterioridad estaban a favor de las políticas natalistas y otros no tanto —usted aquí nos ha puesto un ejemplo—. En cualquier caso, es verdad que hay un saldo vegetativo negativo y parece ser —en esto sí han coincidido casi todos y yo creo que también lo ha dicho usted— que no se va a compensar con la llegada de inmigrantes, por lo menos en este momento.

En cuanto a la despoblación, está claro que son las áreas rurales las que están perdiendo, pero por contra las zonas del litoral y, sobre todo, la zona central que está alrededor de Madrid están ganando. Con lo cual, puede que haya ahí también algunos flujos de población. Está claro que la España interior es la que en este momento tiene mayores problemas de despoblación, porque, además, hay una alta dispersión, lo que se llama entidades singulares: las parroquias, las juntas vecinales, etcétera. Aquí se hablaba de Teruel, de Asturias, pero yo procedo de una comarca, El Bierzo, que está en León, y Castilla y León es una



de las comunidades más afectadas, porque estamos hablando de 2248 municipios y de una densidad de población de poco más de 26 habitantes por kilómetro cuadrado, y, además, es la autonomía que tiene más municipios menores de 100 habitantes: 648.

Haciendo un inciso, en cuanto a los datos, me resultaría interesante ver un coloquio entre usted y el presidente del Instituto Nacional de Estadística, que compareció en esta misma comisión. (*La señora Puga González: Me encantaría enseñarle alguna de estas cosas*). Por eso me gustaría ver el coloquio. En cualquier caso, de lo que se trata es de aportar alternativas.

Si me permite, le quería plantear algunas cuestiones. La primera va en relación con algo que comenté sobre si considera interesante o no incentivar las políticas natalistas. Hasta ahora ha habido un cierto consenso en el sentido de que el problema demográfico responde a una determinada situación económica, pero, como también decía el senador Areces, había comparecientes que, volviendo al modelo de desarrollo en el medio rural, abogaban por fundamentarlo en el turismo, la agroalimentación, el desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación, y también hubo algún compareciente que manifestó que esto no era válido —con carácter absoluto no, por supuesto— y lo fundamentaba en la necesidad de supeditarla a alguna industria o a algún tipo de iniciativa tractora que tirase del desarrollo de las distintas áreas. Me gustaría saber qué opina usted al respecto.

En cuanto a la despoblación de determinadas zonas escasamente pobladas o con baja densidad de población, hasta ahora se nos han puesto ejemplos, concretamente el de Laponia y el de las Highlands escocesas. Me gustaría saber si considera que iniciativas que han tenido éxito en esos contextos, en esos entornos, podrían ser extrapolables a la Europa del sur; lo digo porque tenemos distintas costumbres, distintos hábitos, distintos valores. O, incluso, si puede sugerirnos alguna experiencia exitosa.

También hubo una comparecencia en la que se dijo exactamente que el envejecimiento no ponía en riesgo la sostenibilidad de los sistemas de protección social y, concretamente, se habló del sistema sanitario. ¿Qué puede aportarnos como experta en el análisis de los condicionantes de salud?

Esto es lo que quería compartir con usted. Por supuesto, le agradezco su presencia y sus aportaciones. Muchísimas gracias.

El señor PRESIDENTE: Hay bastantes preguntas. Por tanto, damos un último turno a la profesora e investigadora para que pueda responder no sé si a todas ellas, pero por lo menos a todas las que pueda.

La señora PUGA GONZÁLEZ (científica titular del Instituto de Economía, Geografía y Demografía del CSIC, IEGD): Muchas gracias, señor presidente, y muchas gracias a todos por sus comentarios y sus preguntas.

Me alegro mucho de haber traído a esta Cámara el término transición demográfica, que es el término que se utiliza en demografía, y desdramatizar un poco la situación. Sinceramente, me alegro mucho.

Sobre las políticas natalistas, yo creo que no son muy útiles; en ningún país han tenido un gran éxito. Tienen éxito las políticas sociales de apoyo a la familia, de apoyo a los jóvenes. Tenemos, por ejemplo, el caso de Galicia en donde llevamos ya bastantes años con el Plan de dinamización demográfica y no han cambiado en absoluto las cosas. Como les explicaba, a mí me parece que las políticas que ponen el acento en cambiar la voluntad de la población van a tener poco recorrido, porque la voluntad de la población ya existe. En realidad, las dificultades tienen que ver con las condiciones de vida para llevar a cabo esos planes de crear una familia, porque ya quieren tener hijos; ese deseo existe, y de hecho es una ventana de oportunidad que tenemos que aprovechar, porque hay países europeos que llevan más décadas que nosotros con fecundidades muy bajas y también ahí ha cambiado el deseo de la población: ahora ya la mayor parte de la población dice que quiere tener un hijo. Por tanto, tenemos que aprovechar esa ventana de oportunidad mientras todavía la población desea tener al menos dos hijos. Ahí las políticas basadas en la publicidad natalista tienen poco que hacer y las políticas que se enfocan en familias numerosas, por ejemplo, dado el porcentaje que tenemos en nuestro país, también parecen poco eficaces. Me parece que son mucho más eficaces las políticas que ayuden a hacer esa transición de cero a uno, que tienen mucho que ver con las condiciones de acceso a la vivienda para poder formar una familia y de acceso al mercado laboral y de estabilidad en el mercado laboral, y de uno a dos, que tienen que ver con reducir los costes de crianza del primer hijo, que al final es lo que hace que no pasemos de uno a dos.

En cuanto al envejecimiento, el sistema sanitario y las medidas para evitar la despoblación, yo creo que la población no se puede fijar; es imposible fijar la población al territorio. Lo que se puede hacer es mejorar las condiciones de vida en determinados territorios o, en la medida en que esté en nuestra mano, intentar facilitar las dos condiciones para que se pueda vivir en distintas áreas del territorio; por ejemplo,

en medios de transporte en algunas comunidades autónomas hay mucho por trabajar en Cercanías, pero yo no soy una experta en política territorial. Supongo que habrán invitado ustedes a algún experto para que hable de estos temas. Quizás en otros territorios es mucho más fácil trabajar en unas áreas del territorio y vivir en otras; fuera de España, por ejemplo, en Holanda, es muy fácil trabajar en un extremo del país y vivir en el otro. En el País Vasco hay mucha más movilidad interna que en Galicia o en otras regiones. Por tanto, hay que facilitar que se pueda vivir en distintas zonas del territorio. Pero cuando hablamos de sistemas de apoyo, pueden facilitarnos mucho el crear también puestos de trabajo en algunas de esas áreas. El portavoz del Grupo Socialista comentaba que resulta muy caro llevar los servicios a zonas rurales. Es verdad, pero también lo es que estamos intentando llevar a zonas rurales servicios pensados para zonas urbanas, para áreas metropolitanas. Yo sobre lo que sé más, en realidad, es sobre demografía de la salud y de la vejez, sobre cuidados de larga duración, y en esa área lo que tenemos son servicios muy pensados para áreas metropolitanas y muy basados en el cuidado personal. Básicamente, lo que se ha invertido en casi todas las comunidades autónomas es en institucionalización en una primera etapa y después en servicios de atención domiciliaria. Son servicios muy basados en mano de obra especializada y muy cara, a 27 euros la hora. Llevar eso a áreas rurales resulta carísimo.

Efectivamente, el argumento siempre son las bajas densidades y que resulta muy caro, lo que hace que lleguemos a muy pocos y haya mucha gente a la que no lleguemos en esas áreas. Pero en Suecia llegan a todas partes y tienen unas densidades más bajas que las nuestras. Es verdad que hace veinte años gastaban mucho más que nosotros, pero a día de hoy gastan poco más que nosotros, gastamos casi lo mismo por habitante. Igual es que no lo estamos haciendo muy bien, igual es que estamos intentado implantar en áreas donde resulta carísimo la atención domiciliaria no sé cuántas horas al día a 27 euros la hora. Por ejemplo —y me preguntaba usted por iniciativas exitosas—, en el caso de Suecia, en cuidados de larga duración llegan a todas partes. ¿Cómo lo hacen? No ponen ni grandes residencias ni todo son sistemas de ayuda a domicilio, son pequeños sistemas muy tecnológicos y que se van acumulando. Aquí tenemos servicios enormes, de forma que o tienes más de lo que necesitas o no tienes nada. Allí tienen servicios pequeñitos que son acumulativos: adaptación de las viviendas, transporte adaptado, comidas sobre ruedas, lavandería a domicilio, telemedicina, teleasistencia; es decir, todo muy tecnológico. Llegan a todos los hogares, van aumentando a medida que las necesidades del individuo aumentan y no discapacitan a nadie; porque, muchas veces, cuando se le da a la persona mayor más de lo que necesita, se la acaba discapacitando. Llegan a todas partes, ya digo, y son mucho más baratos que los enormes servicios que intentamos llevar aquí y que nos salen muy caros; por eso no llegamos.

Mi respuesta es que tenemos que pensar un poco mejor distintas soluciones para distintas realidades. La solución que aplicamos para áreas metropolitanas no nos vale para áreas rurales poco pobladas, porque nos sale tan caro que no vamos a llegar, y estamos abandonando, al final, esas áreas rurales. Si asumimos este otro modelo, además, estaremos creando puestos de trabajo muy tecnológicos en áreas donde no existen para población joven que difícilmente va a encontrar esos puestos en esas áreas; de forma que, al final, es una pescadilla que se muerde la cola, pero en positivo. ¿Esto funcionaría implantado en España? ¿Por qué no? Seguramente no en un área metropolitana; pero en un área de bajas densidades donde no está funcionando lo que ya tenemos, yo le diría que sí. ¿Por qué no? Estamos hablando de áreas de bajas densidades no tan diferentes y, además, con alta concentración generacional, que ese es otro riesgo. A mí, más que la tasa de envejecimiento, más que el número de población en el territorio, lo que me preocupa es esto. Este gráfico indica la probabilidad de salir a la calle y encontrarse con una persona de una edad distinta a la de uno. En esas zonas más oscuras que ven en el gráfico las personas salen a la calle y se encuentran con personas tan mayores como ellas. En esos territorios los mayores viven entre mayores, y son, por ello, mucho más vulnerables. Sabemos, por la literatura, que es muy importante que los mayores tengan redes sociales heterogéneas configuradas por personas de distintas generaciones, porque facilita el acceso a distintos recursos: información, ayuda a superar barreras burocráticas, acceso a servicios tanto públicos como privados, ayuda por estilo de vida, recursos emocionales, etcétera. En esas zonas los mayores son muy vulnerables. Igual que tenemos zonas de especial protección natural, deberíamos tener áreas de especial protección social. Esas zonas deberían ser áreas prioritarias.

En cuanto a si el envejecimiento es un riesgo para el sistema de salud, diría sí y no. Fundamentalmente no, es decir, no tanto como pensamos y como se está diciendo. ¿Por qué? Porque está aumentando la esperanza de vida en salud en paralelo a la esperanza de vida; es decir, los años vividos con mala salud tienen una duración estable al final de la vida, crecen en paralelo, y eso es lo que ha estado ocurriendo en estas últimas décadas. No a finales del siglo XX, porque la esperanza de vida con mala salud se estaba contrayendo, pero ahora es estable al final de la vida. Con lo cual, sabemos que el gasto sanitario

se concentra mayoritariamente en los últimos cuatro años de la vida de las personas, da igual que sea entre 76 y 80 que entre 86 y 90. Le he dicho sí y no, y esa es mi parte de no. Y mi parte del sí es porque vivimos más años con problemas crónicos. La incidencia de la cronicidad no se ha retrasado como sí lo ha hecho la incidencia de la discapacidad y de la discapacidad grave. Por lo tanto, vivimos con buena calidad de vida y sin discapacidad, ni siquiera leve, pero vivimos con problemas crónicos. Esto tiene repercusión en varias cosas: en el gasto farmacéutico y también en el gasto en especialidades. Tenemos a los mayores peregrinando de especialista en especialista. Pero es que nos queda una transición pendiente en el sistema sanitario. No hemos adoptado el sistema sanitario para agudos, es decir, para una población mayor, que es una población con problemas crónicos, y necesitamos geriatras. Yo les hago una pregunta: ¿cuántos geriatras y cuántos pediatras hay en el centro de salud de su barrio? Les puedo responder yo: cuatro o cinco pediatras y cero geriatras. Hay un departamento de geriatría, con suerte, en un hospital en la comunidad autónoma. Los geriatras deberían estar viendo los problemas de fragilidad desde el inicio, porque son los que pueden tener esa visión más completa del estado de salud del mayor, y así no los tendríamos peregrinando de especialista en especialista y seguro que el gasto farmacéutico no sería tan alto, incluso tendría repercusión en la salud de los mayores, porque hay mucha interacción entre una medicación y otra. No tenemos geriatras en este sistema de salud, salen al año dos plazas de geriatra en todo el país. Este es un reto que tenemos que abordar.

Respecto a los cuidados de larga duración, creo que tampoco es tanto riesgo como pensamos, porque lo que vamos a tener son más viudas y menos parejas, con lo cual no tendremos menos cuidadores informales, tendremos menos hijas. Pero eso también exige un cambio, porque buena parte de las comunidades autónomas han optado por la financiación del cuidado. En este nuevo escenario que nos espera eso tiene mucho menos sentido; tienen mucho más sentido, por ejemplo, políticas de adaptación de la vivienda, porque si estamos pensando en parejas los dos son frágiles y los dos son cuidadores. El reto son las áreas de baja densidad, como estábamos hablando. Ahí tenemos que pensar en servicios mucho más tecnológicos. Y otra cosa, en las áreas de baja densidad un gran problema es la casa, porque son viviendas que no están adaptadas a las condiciones de vida de los mayores.

En cuanto al envejecimiento activo, en los años noventa y a principios de este siglo el IMSERSO hizo un trabajo de libro de texto. Los programas de envejecimiento activo en esa época fueron extraordinariamente exitosos y son ejemplo en todo el mundo. Pero fueron extraordinariamente exitosos con las generaciones nacidas en los años treinta, sobre todo con las clases medias, y consiguieron que el declive en la salud que sufrían las generaciones anteriores entre los 70 y los 80 años esa generación ahora lo esté sufriendo entre los 80 y los 90. Han emergido diez años de vida en salud. Eso es un éxito extraordinario, pero tenemos un reto pendiente, hay que inventarse algo nuevo porque eso para los nacidos a partir de 1945 ya no sirve, señores. Probablemente es la generación más sofisticada de nuestro país, con unos niveles educativos que no tienen nada que ver con las generaciones anteriores de mayores. Es la generación que ha cambiado la historia de nuestro país. No quieren oír hablar de centros de mayores ni de viajes del IMSERSO ni de bailes. Tenemos que inventarnos otra cosa y ese es otro reto que tenemos que conseguir, porque no estamos haciendo nada.

Después está la cuestión de la jubilación. Lo que dicen los expertos es que, dada la evolución de nuestras trayectorias de vida, tenemos que pensar en trayectorias de vida postergadas —dado que se inician más tarde y probablemente también finalicen más tarde—, pero mucho más flexibles. No deberían finalizar de forma abrupta, sino de forma mucho más progresiva y más adaptada a la trayectoria de cada uno, pero también con flexibilidad en la dedicación a lo largo del tiempo de vida, con menores dedicaciones, por ejemplo, en las etapas de crianza que se puedan recuperar posteriormente en otras etapas de la vida; es decir, una dedicación a través del curso de vida mucho más flexible. Aquí el reto que tenemos que abordar es crear un sistema que no solo sea sostenible, sino que también sea suficiente y equitativo.

Respecto a la hucha de las pensiones, yo dije hucha, arca, pero no me refería únicamente a la de las pensiones, sino a todas. Tenemos un escenario demográfico muy positivo, con muchos activos y muy pocos dependientes. Ahora mismo deberíamos estar llenando todas las huchas y estar generando reservas de todo tipo para el futuro.

Yo soy demógrafa, lo siento mucho, me disculpo por ello, pero sé de demografía. No le puedo hablar de otros fenómenos porque los desconozco. Le puedo decir que, desde luego, la demografía no lo justifica, si eso le sirve.

Seguramente me habré dejado muchas preguntas en el tintero, pero he intentado responderles a casi todo.

Muchas gracias.

El señor PRESIDENTE: Muy interesantes también las respuestas. Le reiteramos nuestro agradecimiento y seguro, además, que el material que pueda aportar a través de la letrada nos va a ser de utilidad para la redacción de las conclusiones finales de esta comisión.

Muchas gracias. (*Pausa*).

— COMPARECENCIA DEL ECONOMISTA, INVESTIGADOR DEL SISTEMA PÚBLICO DE PENSIONES Y LAS CONSECUENCIAS DEL ENVEJECIMIENTO DE LA POBLACIÓN, D. JOSÉ ANTONIO HERCE SAN MIGUEL, ANTE LA COMISIÓN ESPECIAL SOBRE LA EVOLUCIÓN DEMOGRÁFICA EN ESPAÑA, PARA INFORMAR EN RELACIÓN CON LA MATERIA OBJETO DE ESTUDIO DE LA COMISIÓN.

(Núm. exp. 715/000070)

AUTOR: GRUPO PARLAMENTARIO POPULAR EN EL SENADO

El señor PRESIDENTE: Si les parece, continuamos la sesión con nuestro segundo compareciente, que es un experto en el sistema público de pensiones y en todo lo relativo al envejecimiento, don José Antonio Herce San Miguel, que informará sobre estos aspectos concretos.

Sin más, le damos la palabra a don José Antonio Herce.

El señor HERCE SAN MIGUEL (economista, investigador del sistema público de pensiones y las consecuencias del envejecimiento de la población): Muchas gracias, presidente.

Muy buenas tardes, señorías. La verdad es que venía sin resuello porque he llegado unos minutos tarde, y me disculpo por ello, pero veo que no he perturbado la marcha de los trabajos de la comisión porque estaban despidiendo a Dolores. Me alegra verla aquí porque sé que habrán tenido una estupenda intervención que, además, me ha puesto el toro en suerte —y perdonen el símil taurino— para que yo remate con un tema que me preocupa sobremedida —aunque no en el sentido literal del término—, y que, además, me ocupa, pues últimamente dedico mucho tiempo a reflexionar sobre ello: el de la longevidad. (*El señor compareciente apoya su intervención en diapositivas*).

Antes de mostrarles las dimensiones de la longevidad, tema que quiero explorar en los próximos 30 minutos —si me alargo, presidente, por favor, me saca usted una tarjeta roja, porque en España las tarjetas rojas funcionan; lo demás no, pero las tarjetas rojas, sí. Se la sacan a un orador y se desploma—, quiero hablarles de algo que es una excelente noticia: el hecho de que vivimos cada vez más —luego precisaré algunas métricas que nos van a permitir entender lo que está pasando—; sin embargo, ello tiene algunas consecuencias algo fastidiosas —permítanme la expresión coloquial, que no es la única que utilizaré a lo largo de mi intervención, ya que trataré de desdramatizar el tema al tiempo de hacerlo lo más ameno posible—.

He titulado esta charla *Evolución reciente y tendencias de la longevidad*. En demografía estamos acostumbrados a decir que en los próximos años sucederá más o menos lo que ha venido sucediendo en los últimos años. Y ello porque tendemos a ver la población como un enorme mastodonte que se mueve lentamente y de forma predecible. Pero yo creo que a estas alturas de la reflexión, de la divulgación que se viene haciendo desde hace mucho tiempo, esa imagen se está diluyendo. Ese elefante, o ese mastodonte que es la demografía, nos da sorpresas casi constantemente. Yo vengo a decir cada vez más que la demografía nos sorprende siempre, en una u otra de sus dimensiones. Esta tarde quiero explorar justamente la dimensión de la longevidad. Y quiero hacerlo empezando por algunos conceptos que, a menudo, se entremezclan dentro de una cierta confusión, dentro de una utilización ingenua, creyendo que todas las cosas significan lo mismo, cuando en realidad son conceptos muy diferentes.

Fíjense ustedes en las dos primeras palabras del punto número uno que quiero tratar. Envejecimiento conlleva algo negativo, triste. Longevidad, sin embargo, es la otra cara de la moneda. Y de hecho, lo que sucede no es que envejecamos, sino que vivimos cada vez más. Verán en qué sentido no envejecemos. He destacado ahí el tercer elemento de ese primer punto, la senectud, un término que se utiliza poco y que tiende a ser una palabra moribunda. Hasta hace poco utilizábamos el término senectud como algo extraordinariamente negativo, como la antesala del fallecimiento, de la muerte. En realidad, lo que está sucediendo con la senectud es algo verdaderamente extraordinario, a pesar de la evidencia regular, e incluso más que anecdótica, que tenemos sobre el contenido de esta fase de nuestra vida que, obviamente, es la última.

Cuando hablo de tendencias de la longevidad es para mostrarles que la evolución reciente está muy inscrita en la masa demográfica y que, en realidad, nos anticipa bastante bien, hasta donde podemos

ver —y venimos viéndolo desde hace siglo y medio—, lo que va a suceder con el alargamiento de la esperanza de vida, aunque no diré a todas las edades, porque cada edad conlleva una carga específica de supervivencia, de longevidad.

En el punto 4 quiero introducirles un concepto para contraponerlo con el siguiente, el del *baby boom*. Todos estamos al corriente de lo que es el *baby boom*. Sabemos los numerosísimos nacimientos que se produjeron en España entre los años 1957 y 1975 y las consecuencias que eso está teniendo, porque a medida que esas generaciones tan numerosísimas transitan por el tiempo y las edades, están causando una verdadera revolución en las estructuras demográficas, en las estructuras sociales, societales —me refiero por societal a los estilos de vida, que yo distingo claramente de lo social—, y seguirán causando sus efectos, naturalmente, en los grupos de edad en los que están entrando —y esto lo destacaría en primer lugar—, pero también en fenómenos como el de la jubilación y las pensiones.

Fíjense en el primer término, el *greyny boom*. Empezaré diciendo —luego lo elaboraré algo más— que el alargamiento regular y sistemático de la esperanza de vida a todas las edades es el verdadero *baby boom* del siglo XXI. Los años de más que vivimos son los hijos que no tenemos, obviamente no en su materialidad, sino en la funcionalidad de estos conceptos. O esto sería así si fuéramos lo suficientemente inteligentes como para hacer, con esos meses de vida adicionales que obtenemos del cielo por cada año que pasa —una especie de maná—, algo funcionalmente equivalente a lo que esperamos que hagan esos hijos que no tenemos, que es trabajar para nosotros, pagar nuestras pensiones y quizá, si no se enfadan demasiado, aguantar en esa lógica durante mucho tiempo.

Ya les anticipo un aspecto: la desconsideración por ese maná que nos llueve del cielo en forma de años de vida adicionales por cada año que pasa nos está impidiendo ver que la mala utilización de ese extraordinario recurso que nos llega a todos y cada uno de nosotros y de nosotras está enfureciendo —exagero seguramente— a los jóvenes, a los que vamos a dejarles una deuda equivalente al PIB, la deuda pública suscrita, reconocida y que cotiza en los mercados, y una deuda implícita, que es la de las pensiones, que por ahora no cotiza en los mercados pero que acabará haciéndolo. Si yo tuviera 17 años en este momento y supiera discernir todos estos elementos, eso sería motivo suficiente como para pensar en otro destino al que encaminar mis pasos. Esa fractura generacional es algo —y quizá este sea uno de los elementos que me gustaría enfatizar desde el principio— que no podemos permitirnos. Necesitamos a los jóvenes y a todas las generaciones. Esa armonía —a lo mejor piensan ustedes que soy un poco ingenuo—, o lo más cercano a la armonía generacional sería muy buena para la sociedad en su conjunto, española y no española. Dejo para más adelante, si nos da tiempo, lo referido a cómo veo yo la jubilación en el siglo XXI, en el que ya, por cierto, estamos bien inmersos.

Empezando por los conceptos, el envejecimiento es un proceso de deterioro de la respuesta funcional de los diversos órganos y sistemas de un organismo. Esta mesa envejece desde el día en que salió de fábrica, pero los materiales de los que está hecha venían envejeciendo desde antes de configurarse en la forma de la mesa que observamos. De hecho, y no me lo tomen como una *boutade*, esos materiales de los que está hecha son los mismos básicamente de los que estamos hechos nosotros, que venimos envejeciendo desde hace 14 000 millones de años, edad estimada del universo. La configuración actual de la materia de la que estoy hecho tiene 65 años, pero la materia de la que estoy hecho tiene 14 000 millones de años. Les invito a que vean las cosas de esta manera porque los que estudian el envejecimiento no desde el punto de vista de la demografía, sino desde el punto de vista de la biomedicina y de la biología evolutiva experimental, lo ven de esta manera. Por eso digo que el envejecimiento de un mecanismo o de un organismo es algo que sucede de manera natural, pero que puede verse pautado por condiciones ambientales más o menos reproducibles o aislables en un laboratorio —me referiré más adelante a este aspecto—. Ese proceso se inicia en el ser humano alrededor de una cierta edad, que no desvelo ahora mismo, pero que seguro que todos ustedes tienen en mente porque es la visión convencional del envejecimiento. Sin embargo, es progresivo y acelerado, como también sabemos por experiencia propia y cercana.

La duración de una vida no viene determinada exclusivamente por un factor, ni siquiera por el genético. El factor genético pesa aproximadamente una tercera parte en el conjunto de determinantes que hacen que vivamos más o menos. Es verdad que estamos hartos de ver noticias —son las únicas que salen— de personas que fallecen con 117 años y que vienen de familias longevas, pero hay gente que fallece con ciento y pico años y esto no tiene nada que ver con su genética. Otra tercera parte viene determinada por cuan buenos sean los sistemas nacionales de salud y todas las políticas de prevención de riesgos de salud y de enfermedades, es decir, de los compactos colectivos que se ocupan de esos elementos. Eso es importante; no es lo mismo nacer en un país como España, que tiene uno de los mejores sistemas de salud del mundo —reconocido por la OMS desde hace muchos años y año tras año—, que nacer en un país

en vías de desarrollo, por más que en esos países en ocasiones podamos registrar casos de centenarios que aparecen luego en titulares. Y la tercera parte restante viene determinada por cuánto nos ocupamos nosotros de nosotros mismos, valga la redundancia: por cómo nos cuidamos, por los estilos de vida que emprendemos, etcétera. En resumen, las bolas están muy repartidas y no cabe cifrar en uno u otro factor la duración de la vida de la población.

En su curso normal, el envejecimiento desemboca en una fase, que es la senectud, en la que suceden todo tipo de fallos funcionales que, acumulados, nos llevan a la muerte. En el individuo medio la senectud tiene una duración de dos años. Es verdad que podemos tirar de nuestra experiencia cercana en el tiempo, en el espacio y en los vínculos familiares o relacionales y decir: Pues yo me acuerdo de fulanita, que tuvo una larguísima agonía; o me acuerdo de fulanito que, sin embargo, falleció a los dos días de declararse no sé qué. En término medio son dos años. O eran dos años, porque lo que es nuevo en materia senectud es que, así como ese periodo de senectud se ha ido alejando a medida que ha aumentado la duración de la vida, no ha ido aumentando a pesar del alzheimer o a pesar de las enfermedades que las extremas edades de muchas personas han acabado revelando. La novedad desde hace apenas uno o dos lustros es que el periodo de senectud se acorta. En el límite, la senectud durará una media de días o semanas. Eso quiere decir que nuestras vidas serán cada vez más largas y, además, experimentaremos esos años en mejor estado de salud.

Quienes saben de esto —porque están en ello día a día en sus laboratorios— pronostican que el alzheimer será residual en treinta años. Mientras tanto, hay que prepararse, naturalmente que sí. Hay que dotar nuestros sistemas de protección, nuestros sistemas sanitarios, para afrontar algo que hoy por hoy se está extendiendo, pero que da la impresión —permítanme ser cauteloso— de que tiene las décadas contadas.

Por lo tanto, ¿qué es el envejecimiento? El envejecimiento son visiones relativamente convencionales. Dice Alex Comfort que el envejecimiento es la senectud por cualquier causa: cosas que suceden, que hacen que nuestros órganos sean cada vez más disfuncionales hasta llegar finalmente a un deterioro rápido y fatal. Michael Rose habla de un declive persistente. Rose es un biólogo evolutivo experimental moderno; es una persona joven, aunque líder en su campo. Ya en el año 1991 empezaba a ver el envejecimiento de una manera diferente. En 2009, muy recientemente, lo concibió como una falta de respuesta genética a los requerimientos de la vida en edades avanzadas. De la descripción que Rose hace del envejecimiento —en realidad en 2009 ya había dado muchos pasos en este sentido y había reportado muchos otros de científicos en este campo— no hay más que un paso para intentar experimentar en un laboratorio —y no me quiero poner fáustico— con parar el envejecimiento en especies mucho más sencillas que la nuestra, aunque esto lo digo también con muchas cautelas, porque la nuestra es, a veces, excesivamente sencilla.

Vuelvo a la pregunta que hacía antes: ¿cuándo se inicia el envejecimiento? La respuesta convencional —que seguramente no sea tan conocida— de los expertos —y no hablo de los demógrafos ni de los economistas ni de los sociólogos, ¡por favor!, hablo de la ciencia básica, que es a la que quizá deberíamos dedicar los recursos que no le dedicamos— es que el envejecimiento se inicia después de los 19 o 20 años. Hasta los 20 años una persona es joven, pero ciertas cosas empiezan a suceder a partir de esa edad en la que ya nos aproximamos al final de la adolescencia —bueno, hay gente que todavía no la ha iniciado a esa edad, pero deben ser pocos, porque si no estaríamos peor—.

Fíjense: los adolescentes ya han perdido la capacidad que tenían de niños para escuchar sonidos de alta frecuencia; luego, ese órgano en concreto ha envejecido, se ha deteriorado. Alrededor de los 25 años se produce el declive en una serie de procesos cognitivos; a los 30 años comienzan a aparecer arrugas en zonas de la piel expuestas al sol, etcétera. Es un proceso continuo, uno u otro sistema u órgano de nuestro organismo sufre ya un desgaste. Entonces, ¿qué diablos es el envejecimiento? Perdónenme de nuevo la expresión coloquial. En el rango entre los 70 y 79 años siguen pasando cosas, y pasados los 85 años, también; funciones u órganos que hasta entonces no habían registrado deterioros empiezan ya a registrarlos. En realidad, para muchos autores —quizá esta sea la visión más moderna, la de Milne— el envejecimiento se inicia desde la concepción, de ahí la metáfora de la madera y de la materia de la que estamos hechos.

Dicho esto, me gustaría referirme a la pregunta que hacía antes sobre si, a la vista del aspecto bioevolutivo de la cuestión, en los laboratorios estábamos a un paso de ponernos a detener el envejecimiento. Lo cierto es que en 2012 Michael Rose reportó que en 1992 una serie de autores ya daban noticia de experimentos con los que se había detenido el envejecimiento en condiciones de laboratorio —las cosas eran así entonces— en la mosca del vinagre y de la fruta, la *Drosophila melanogaster*, que genéticamente es muy parecida al ser humano —por eso se utiliza tanto—. En particular, en muchos experimentos la

mosca del vinagre logra vivir tres veces más de lo que vive normalmente, que son tres días. Tres veces más son tres veces más y, aunque eso no quiere decir que se detenga el envejecimiento, sí significa algo. Desde hace años se hace eso también con ratones. Hace poco hemos visto noticias respecto a que no solo se ha detenido, sino que se ha revertido el envejecimiento; de nuevo les hablo que se produce en condiciones de laboratorio. No nos vamos a someter a esa campana de experimentación, a esa burbuja de cristal de laboratorio, pero les aseguro que esos esfuerzos no están ahí solo por especulación, sino porque los científicos están buscando los fundamentos del envejecimiento y la forma de intervenir en ellos.

En Analistas Financieros Internacionales nos preocupa mucho la combinación de elementos que tienen que ver con la longevidad, la longevidad extrema y las soluciones para la jubilación, y con biomédicos como Aubrey de Grey, que el año pasado vino a Madrid invitado por nuestra compañía, reunimos a la comunidad española del seguro para presentarle lo que pensaban científicos que no tienen que nada que ver con las ciencias actuariales, con la economía, con los negocios, con las finanzas..., con nada de nada. Este año lo volveremos hacer, pero sobre la inteligencia artificial, de lo que les hablaré más adelante. Aubrey de Grey dice que las tecnologías que nos harán vivir 1000 años están ya en los laboratorios y que es cuestión de que se desarrollen en una generación. Es más, entre otras muchas cosas, vino a decir que la persona que ha de vivir 1000 años ha nacido ya. Para vivir 1000 años solo basta con congelar la probabilidad de fallecimiento que experimentamos hoy a los 25 años. Si logramos estabilizar la probabilidad de fallecimiento que hoy observamos en personas de entre 20 y 30 años, podemos vivir más de 1000 años. Eso se hace con una hoja Excel muy sencilla, es un ejercicio *what if*. Yo lo he hecho y, efectivamente, sale eso. Otra cosa es cómo conseguir que la probabilidad de fallecimiento que observamos ya hoy en sujetos de entre 20 y 30 podamos estabilizarla a edades mucho más avanzadas. Les aseguro que se está en ello.

*Technology Review* de MIT, que en realidad es una especie de jurado moderno de la ciencia, sometió a revisión crítica los trabajos de Aubrey de Grey y concluyó que, aunque no se puede decir que sean certeros, sí se puede afirmar que, demostrablemente, no son equivocados. Ahí hay un gran punto de interrogación. Les expongo esto aquí para que vean cómo eso que todavía llamamos de forma generalizada longevidad extrema está llamándonos a la puerta. Sobre la longevidad extrema me preguntó uno de los expertos que intervino en aquella conferencia, antes de aceptar si se sumaba al grupo de oradores. Me dijo: ¿Qué entiende usted por longevidad extrema? Y le contesté que no significa que vivamos todos 1000 años, sino que vivamos todos 120. Eso es factible. Se trata de comprimir la mortalidad hasta lo que hoy, todavía, creen muchos científicos que es la duración máxima de la vida, alrededor de los 120 años. Hay quien opina que no hay ningún fundamento para pensar que esa es la duración extrema de la vida pero, aunque lo fuera, el hecho de que pudiéramos comprimir la mortalidad hasta ese rincón de la tabla de mortalidad de los 120 años nos permitiría ganar una masa de años de vida descomunal en todas las sociedades. Eso sí es relativamente factible porque sabemos que en los 150 últimos años la esperanza de vida aumenta dos meses y medio por cada año que transcurre. Naturalmente, la carga de supervivencia está más con las generaciones jóvenes pero aquellas de edades más avanzadas también se benefician de una buena porción de esa perspectiva.

Por ahí quería ir, hacia las tendencias de longevidad, aunque no me detendré mucho en esto. Estas son curvas de supervivencia de generaciones sintéticas de 100 000 individuos en el eje de las ordenadas, y en las abscisas tenemos las edades. Desde la curva más baja, la de 1900, cuando la mortandad infantil era horrible, hasta la curva más alejada del origen han transcurrido 114 años. Las ganancias de esperanza de vida han sido espectaculares. Esas dos líneas que ven ahí cruzarse a los 65 años tienen su explicación cuantitativa, que veremos más adelante. Fíjense que lo que queda entre la esquina superior derecha y la curva más cercana, la azul, de supervivencia en 2014, es todavía un área enorme. Si la comprensión de la mortalidad a los 120, suponiendo que ese es el límite, se diera, tendríamos ganancias masivas de años de vida por persona, que obviamente podríamos dedicar a hacer cruceros por el Mediterráneo o a trabajar un poquito más, lo cual daría lugar a un *baby boom* interminable. De ahí mi tesis, que el *greyne boom* es el *baby boom* que no vamos a experimentar bajo ningún concepto, por más que alguno desee que eso se produzca —no sé si algunas, pero desde luego sí algunos—. Yo vengo a decir que hay gente muy seria, candidatos a premio Nobel, que dicen que los 120 años en absoluto son el límite de una vida humana.

Los números que les muestro ahora responden a las líneas azules que veíamos antes. Voy a ser muy rápido y sintético. La edad equivalente a los 65 años hace cien años se puede medir por dos métricas. Una de ellas responde al número de personas de una generación que sobrevivía hasta los 65 años hace cien años, que, según las tablas de mortalidad del INE, representaban el 26,18 % de una generación. Para encontrar hoy la edad a la que sobrevive el 26,18 % de una generación, hay que irse a los 91 años; 91 son hoy la edad equivalente a los 65 hace más un siglo. Reparen en que la edad de jubilación a los 65 no

ha variado desde hace más de un siglo, desde hace 130 años, desde que Otto von Bismark introdujo la Seguridad Social en la Prusia del káiser Guillermo. Los mitos urbanos dicen que Von Bismark puso los 65 años —primero eran 67 y luego lo bajaron a 65— porque el káiser Guillermo tenía esa edad o porque la tenía él; ninguno de los dos tenía esa edad, el káiser tenía cuarenta y tantos años, acababa de suceder a su padre, que era mucho más longevo, unos años antes, y Otto von Bismark, el canciller, tenía setenta y tantos. De manera que esa edad no ha variado y la esperanza de vida se ha más que duplicado, así que vamos con retraso.

Pero si quieren una métrica más suave, pueden ver que a los 65 años hace un siglo la esperanza de vida era de 9,1 años, unisex. Para encontrar hoy la edad a la que nos quedan 9,1 años por vivir hay que irse a los 81. De manera que los 65 años de hace un siglo equivalen hoy a algo entre los 81 y los 91 años. Resuélvanme ustedes la ecuación, el álgebra vital que esto representa. Y se lo voy a resumir muy rápidamente. Por ahora todos nacemos con cero años, y eso no tiene visos de cambiar; tardamos cada vez más en entrar al mercado de trabajo por muy buenas razones, no solo porque haya paro; vivimos cada vez más, y sin embargo cada vez queremos salir antes de ese mercado de trabajo. No piensen en cotizantes y pensionistas, porque se equivocarán; piensen en los años que trabajamos, que ahorramos forzosa o voluntariamente —cotizaciones o ahorro voluntario—, y piensen en los años que queremos vivir de ese ahorro. Este es un chicle que hay que estirar confiando en que no se rompa. Y este cuadro que les muestro es muy elocuente en ese sentido.

No hay freno aparente a la expansión de la longevidad. Los expertos se han equivocado siempre. Los expertos tienden a proyectar la longevidad de un individuo representativo encontrándole un plató, y ya se estabiliza y se frena, como sucede en el gráfico que tienen abajo, que está sacado de *The Economist*. Se han equivocado siempre, y lo más sencillo es coger un lápiz y una regla, ponerla en el origen y trazar una línea recta. Esa es por ahora la mejor proyección de la esperanza de vida que tenemos. Y lo dicen todos los expertos admitiendo que, además, se han equivocado al proyectarla así. No volveremos a inventar, porque ya está hecho a menos que nos descuidemos y haya que reinventarlo, los sistemas de higiene que a finales del XIX y principios del XX acabaron con la horrenda mortandad infantil. La mortandad infantil ya no nos da margen de mejora para la esperanza de vida, porque ya se mueren muy pocos niños en las sociedades avanzadas. Pero inventaremos algo que tendrá efectos parecidos sobre toda la pirámide de población. Si dentro de 30 años, como ya les he anunciado que vaticinan los expertos, hemos logrado hacer del alzheimer algo residual, se producirán efectos parecidos. La ciencia avanza y hay especulaciones de las buenas y contrastes experimentales, no solamente por *whisful thinking*, sino también por *whisful ignorance*, que es pero y que, a veces, también se da.

No me detendré mucho en lo que pasa en países avanzados y emergentes, pero es verdad —ahí pueden ver el típico gráfico de Van de Kaa, ya de los años 80— que todos los países se embarcan en una segunda transición demográfica donde las tasas de fecundidad bajan precipitadamente y se estabilizan incluso por debajo del nivel de reposición de las generaciones, y tenemos poblaciones incluso en declive, cosa que sucede en Japón y en Alemania, y va a suceder en España según las proyecciones del INE. Pero al mismo tiempo la edad a la cual, al menos el 50 %, una generación está todavía viva en 2000, 2005, 2010, 2015 ó 2025 está aumentando progresivamente en países avanzados. Pues bien, es verdad que en los países emergentes la esperanza de vida es mucho más baja; realmente es una lotería nacer en uno u otro país, o lo contrario, no solo no te toca el premio, sino que lo que te toca es algo mucho peor. Por ejemplo, los mayores de 65 empiezan a ser muy numerosos en todas las sociedades; *mutatis mutandis* para cada caso, pero insisto, empiezan a ser muy numerosos. Y las previsiones son que las ratios de envejecimiento —que son los mayores de 65 sobre el total de la población— se vayan equiparando. Tomando tablas de mortalidad en Japón y en Rusia, por ejemplo, que son claros exponentes de una sociedad avanzada y emergente, las esperanzas de vida empiezan a asemejarse —pocos años, es verdad—, y este proceso continúa.

Y derivando ya hacia las implicaciones finales de lo que quiero decir, estamos obsesionados con los niños y las niñas. La idea de empezar a fomentar la natalidad implica *polis*, implica medidas de política, y en mi opinión esta es una decisión en la que solo deben intervenir los concernidos, y por tanto, la política tiene muy poquito que hacer, salvo en un caso que desgraciadamente se constata año tras año en todos los países, y es que las parejas desean tener un hijo más de los que tienen; no cinco más, no los que sean; solo uno más de forma solvente, optando por renunciar a otras cosas para poder educar y cuidar a esa descendencia. Les gustaría tener más hijos de los que tienen. Expresado en términos decimonónicos, el soberano tiene que escuchar el clamor de sus súbditos y tratar de remover los obstáculos que les impiden ser felices. Así es como se expresaban los ilustrados. Creo que es obligación de los responsables de las políticas públicas escuchar lo que los individuos desean; no la sociedad, que muchas veces no sabemos



cómo se expresa, sino los individuos, pulsando su opinión regularmente, asegurándose de que es solvente, y lo es, y el barómetro del CIS y el Eurobarómetro lo revelan claramente. Los individuos piensan que se lo pueden permitir y que les gustaría tener un hijo más, pero no se lo pueden permitir en el plano de la conciliación ni en otros. Piensen en nuestros jóvenes —y hablo de los de entre 16 y 29 años—, que la mitad están en paro y no tienen recursos, en tanto que la otra mitad trabaja lo que no está escrito, sobre todo los más preparados, con horarios indecentes; no tienen tiempo de reproducirse solventemente y no lo desean porque saben que van a tener muchos problemas para cuidar de una descendencia incrementada.

Desde el punto de vista de la política el pronatalismo es equivocado si lo que se busca con ello es una funcionalidad orientada a pagarnos las pensiones. Es un error. Las personas concebidas con ese propósito —sus padres no lo van a hacer así, pero el dictador benevolente que todos los políticos llevan dentro puede intentarlo— no van a poder pagar las pensiones de sus padres ni las suyas propias con esa lógica de no cambiar la edad de jubilación. Por tanto, fomentar la natalidad con este propósito es una mala política económica y aún peor economía política. Hay que tener los hijos que uno desee solventemente tener por el placer y la satisfacción de criarlos y ayudarles en su desarrollo.

Es verdad que sin niños no podemos mantener las escuelas ni el territorio y que la sociedad se colapsaría. Eso es otra cosa, pero no me hablen de pensiones. En cuanto a las desventajas, ya he mencionado que cada niño que entra en el sistema de pensiones paga cotizaciones durante bastante menos tiempo que el que recibe las prestaciones, así que si las pensiones de sus padres pueden tener algún riesgo, las de los hijos muchos más si solo se aplica esta política natalista. Yo creo que no se debe intervenir en estas decisiones.

Sin embargo, el hecho de que cada cohorte vive entre dos y tres meses más que la que le precede supone que se está generando una capacidad de aplicarlo a la actividad productiva descomunal; eso es maná que nos viene del cielo y no lo estamos sabiendo gestionar. Es muy triste, porque en este país cuando alguien dice que hay que elevar la edad de jubilación inmediatamente se le responde: ¡Pero no pretenderá usted que los mineros y los profesores de Primaria o de la ESO estén trabajando hasta los 67 años! Esas son profesiones onerosas, y ya sabemos que hay excepciones para toda una gama de ocupaciones. Por tanto, no estamos diciendo que todo el mundo tenga que jubilarse a los 67 o a los 70 años. El Parlamento sueco lleva debatiendo desde 2103 si se establece la edad de jubilación entre los 75 y los 80 años, y no está pensando en los mineros ni en profesiones onerosas a las cuales hay que dedicarles, *mutatis mutandis*, el mismo tratamiento adaptado que hoy tenemos. Es como cuando la ministra de Empleo dijo que había que dejar de trabajar a las seis. Los titulares de prensa del día siguiente decían poco menos —y estoy exagerando— que había que cerrar el Corte Inglés y las gasolineras a las seis. Pues no. Si pudiéramos explicarlo y hacer un ejercicio honesto de elaboración intelectual, entenderíamos que hay que hacer algo con la racionalización de los horarios. Habrá mucha gente que quiera trabajar hasta la hora que quiera, muchas empresas que lo necesiten y que lleguen a un acuerdo. Nadie ha dicho que haya que cerrar las gasolineras y el Corte Inglés a las seis. Hemos dicho otra cosa. A ver si somos capaces de interpretar lo que se dice y de desarrollarlo inteligentemente.

En suma, tenemos un recurso extraordinario que en buena medida estamos tirando por la borda: esos años de vida adicionales de los que todos somos muy conscientes —lo sabemos y lo experimentamos—. Pensamos en todo menos en hacer una Administración cuidadosa y en repartir las ganancias de esos años entre el ocio y el negocio, y eso tiene consecuencias. Solo con un acompañamiento inteligente y bien articulado de la edad de jubilación con los avances de la esperanza de vida evitaríamos cuestiones como las que nos ocupan y preocupan mucho estos meses, y me refiero a las referidas a la suficiencia de las pensiones y a la sostenibilidad del sistema. Hay que derribar esa barrera tiránica de los 65 años; tiránica porque no hemos sido capaces de verlo de otra manera desde que hace más de cien se estableciera la edad de jubilación a los 65 años cuando la esperanza de vida era de 37. Por tanto, yo les invito —quizá sea el principal *input* de sus trabajos, que les deseo muy exitosos— a pensar en la longevidad como lo que realmente es. Para empezar, la prejubilación no es una figura de la Seguridad Social y hablamos de ella como si se regulara mediante estatuto legal. Desde luego, no es una figura de la Seguridad Social, es algo que no sé quién se ha inventado y una práctica bajo la cual se amparan prácticas que, en el fondo, ocultan una horrenda discriminación de edad. Creo que la discriminación más grave que experimentamos en este y en muchos otros países es la discriminación etaria, a todas las edades. Yo cumplí el año pasado 65 años y no quiero el carné que me permita viajar gratis o más barato en los medios de transporte público, porque puedo permitirme pagarlos, y mucha gente que lo tiene también. Sin embargo, mucha gente que no tiene 65 años no se lo puede permitir. Lo dejo ahí, con puntos suspensivos.

Termino con algunas cuestiones que seguramente ustedes han abordado o piensan abordar en sus trabajos. Jubílate cuando quieras, pero asume los números que te salgan, porque no te vamos a pagar una pensión desde los 50 hasta los 110 años después de haber cotizado durante veinte. Te hacemos el cálculo. Si con 20 años cotizados te quieres jubilar a los 54 años, te decimos los cientos de euros que vas a recibir cada mes hasta que cumplas tu esperanza de vida que, dada tu edad, debe estar alrededor de los 100 años. Este podría ser un caso, *cas de faire*, como dicen los franceses. Es un caso y como este hay muchos otros.

Por otra parte, tenemos una regla de jubilación:  $65+X$ , y la equis la administramos cada muchos años, de forma que puede ser uno o dos años. Ahora hablamos de  $65+2$ . Pero cuidado con la equis. Pues bien, yo propongo otra regla: esperanza de vida generacional- $X$ . Como la esperanza de vida generacional va aumentando dos meses y medio cada año, aunque fijemos la equis, la edad de jubilación va aumentando *pari passu*. Si les parece muy oneroso podemos tocar un poquito la equis, pero la edad de jubilación debería ir referenciada a la esperanza de vida, para que no tengamos que hacer un retoque cada cierto tiempo.

Señorías, lo de las pensiones lo vamos a arreglar de una manera u otra —no hay que dejar de intentarlo—, pero hay que prepararse para una sociedad del conocimiento profundo, no simplemente del conocimiento. Ustedes saben que tenemos problemas en nuestro sistema educativo. Antes les decía que el sistema sanitario español es uno de los mejores del mundo. Pues bien, si nuestro sistema sanitario fuese tan bueno, entre comillas, como el sistema educativo, ¿dónde creen que estaríamos todos ahora? No voy a responder porque se está grabando, pero ¿dónde creen que estaríamos todos ahora si nuestro sistema sanitario fuese tan bueno como el educativo? En mi opinión, no estamos preparados para afrontar la sociedad del conocimiento profundo; no del conocimiento de los concursos de la tele, sino del conocimiento profundo, *deep knowledge*, y del aprendizaje profundo. A lo mejor, las instituciones que tenemos ya no sirven para eso. Yo empecé a dar clase hace cuarenta años y tiendo a pensar así, y lamento no haber sido más radical hace ya lustros en mis planteamientos sobre la educación de mis alumnos en la universidad, a los que he enseñado macroeconomía, teoría del crecimiento, etcétera.

El conocimiento puede causar la gran división social que hoy tanto nos preocupa. Hablamos de una renta mínima pero todos —no nos engañemos, aunque cada uno tenga un punto de vista diferente que seguramente no converja con el de su extremo en el espectro político, nos situemos donde nos situemos—, pensamos en una renta básica; no sé si condicionada, incondicionada, universal, por barrios, etcétera. ¿Por qué? Porque lo que es nuevo, desde hace poco, es la ansiedad que nos causa la digitalización, la automatización y los robots. Les invito a que seamos optimistas, que los robots no van a desplazar todos los empleos. Desplazarán los de aquellas personas que estén jubilándose. Por eso, sería un error formar a los jóvenes para cubrir los empleos de los que se jubilan, aunque me temo que todavía se ofrecen cursos de carretilleros y de reponedores de estanterías. Eso lo están haciendo ya las máquinas. Mi invitación va dirigida a que no aceptemos el sistema educativo y formativo propiamente dicho: profesional, ocupacional, la formación continua, etcétera, que tenemos, porque no nos sirve para esta sociedad.

Termino con la profecía de Peter Drucker, gurú de los negocios de la segunda mitad del siglo XX, de la literatura del *management*, que decía: el socialismo llegará a los Estados Unidos de la mano de los fondos de pensiones en 1980. ¿Por qué? Porque los fondos de pensiones eran los dueños de la *Corporate America*. Se equivocó porque, a pesar de los esfuerzos de algunos políticos de la época, no cundió aquello que entonces llamábamos el capitalismo popular y que yo denominaría capitalismo más civil que el que tenemos. Los trabajadores podrían ahorrar en robots y con los dividendos de las empresas que los emplean se les compensaría —si fuera el caso de la tesis del desplazamiento del trabajo, que no lo creo— por los salarios que no iban a recibir. No entiendo por qué no lo vemos así, y sin embargo sí pedimos una renta básica. Parece que creemos que mucha gente se quedará desplazada y casi estamos tirando la toalla al aceptar que va a ser así, que vamos a tener a millones de personas a disposición de la sociedad para hacer trabajos sociales a cambio de una renta básica mensual.

Muchas gracias por su atención. Termino así, aunque quizá les haya suscitado alguna pregunta que tendré a bien responder.

El señor PRESIDENTE: Gracias, profesor José Antonio Herce. Ha hecho una intervención muy sugerente; ha aportado muchas ideas innovadoras respecto de otras intervenciones que hemos escuchado. Ahora, si le parece bien, damos cinco minutos como máximo a los distintos grupos presentes en la comisión para que puedan formular alguna pregunta, alguna cuestión o hacer alguna aclaración o comentario sobre lo dicho; y después, le daremos un último turno para que pueda cerrar la sesión.

En primer lugar, por el Grupo Parlamentario Popular, que es el que ha solicitado esta comparecencia, tiene la palabra su portavoz, la senadora doña Rosario Rodríguez Rueda.

La señora RODRÍGUEZ RUEDA: Muchas gracias, señor presidente.

Antes de nada, quiero agradecer al señor Herce San Miguel su exposición y los datos que nos ha aportado a esta comisión. En primer lugar, quiero señalarle que lo que no se pone en duda es que en nuestro país estamos asistiendo a un cambio demográfico caracterizado por un proceso de envejecimiento, siendo una de las causas —como usted bien ha dicho— la mayor longevidad de las personas, lo que supone, por otra parte, un logro de nuestra sociedad. No nos debemos olvidar de que estamos asistiendo a un progresivo descenso del número de nacimientos. De conformidad con esto, los datos del Instituto Nacional de Estadística —la semana pasada pudimos contar con la comparecencia en esta comisión de su presidente— nos indican que en el año 2015 la tasa de natalidad fue de 9 nacimientos por cada 1000 habitantes, siendo la más baja de los últimos treinta y cinco años; que la tasa de fecundidad fue de 1,3 hijos, por lo que España está entre los países con menor número de hijos por mujer. Eso sí, hay un dato positivo, la esperanza de vida se ha situado casi en los 80 años para los hombres y 85 para las mujeres. Según la proyección demográfica realizada por el citado organismo, España reducirá su población en algo más de medio millón de habitantes en los próximos quince años y seguirá haciéndolo en los próximos cincuenta; de manera que podríamos perder más de 5 millones de habitantes. A la vez, como usted ha dicho, aumenta la esperanza de vida tanto al nacer como a partir de los 65 años, por lo que el porcentaje de población mayor de 65 años en el año 2016 fue del 18,7 % respecto del total de la población española. Según la proyección efectuada por el INE, pudiera alcanzar el 25,6 % en el año 2031. Además, el número de nacimientos, como he dicho antes, cae progresivamente, según la proyección del INE. Entre el año 2016 y el 2030 habrá un 22 % menos de nacimientos. Este cambio demográfico puede incidir en nuestro sistema público de pensiones, porque se pagarán más pensiones y durante más tiempo, pero también afectará a la tasa de dependencia.

A pesar del evidente cambio demográfico y de su posible incidencia en el sistema de pensiones, hay quienes afirman que no es un problema de demografía, y que este argumento se utiliza a menudo para atemorizar a la población. En ese sentido, me gustaría, señor Herce, que nos hablara más en profundidad de la influencia que tendrían los efectos del envejecimiento poblacional sobre el sistema público de pensiones. ¿Cuáles son las medidas que podrían adoptarse, según usted, para garantizar la suficiencia de nuestro sistema de pensiones en relación con esta cuestión demográfica? Porque es interesante que observemos —y enlace con esta pregunta— a nuestro alrededor para comparar y encontrar posibles soluciones al problema que se nos plantea. Por ello, le pregunto, ¿cómo se está afrontando esta problemática de cambio demográfico y sistema de pensiones en los países de nuestro entorno?

Por otra parte, hay que decir que en nuestro ordenamiento jurídico existe, desde el año 2013, la posibilidad de compatibilizar la pensión de jubilación con la realización de un trabajo por cuenta ajena o propia, en este caso a partir de este año sin límite de ingresos, cuando el Gobierno del Partido Popular aprueba el Real Decreto-ley 5/2013, de 15 de marzo, que es la denominada jubilación activa regulada actualmente en el artículo 214 de la Ley General de la Seguridad Social. Para finalizar, me gustaría que profundizara, como experto en la materia, en las ventajas de esa compatibilidad que actualmente está en el 50 % y que previsiblemente podría extenderse al 100 %. Sin más, le doy las gracias y le reitero de nuevo, señor Herce, nuestro agradecimiento por su comparecencia.

El señor PRESIDENTE: Muchas gracias.

Doy la palabra ahora al Grupo Parlamentario Socialista y usted responde después conjuntamente a los dos grupos.

Tiene la palabra el senador Álvarez Areces.

El señor ÁLVAREZ ARECES: Muchas gracias, señor presidente.

Quiero hacer algún comentario, aunque es difícil porque el ponente abrió vectores que desbordan el contenido de la comisión. La Comisión de Estudio sobre Demografía trata de aportar algo a la estrategia nacional demográfica en el año 2017. Digo esto para situarnos en el terreno real, para centrarnos, atendiendo a la diversidad de situaciones que tenemos en nuestro país, en cómo mejorar y en cómo hacer una estrategia. Es verdad que algunos de los elementos que usted ha expuesto, como el envejecimiento, el sistema de pensiones y el futuro, suscitan debates mucho más amplios que nos desbordan. Esquemáticamente, creo que debemos intentar que el sistema de pensiones, que ha sido un logro muy importante en nuestro país, y que hoy está en un serio peligro de sostenibilidad, no se deteriore más porque las predicciones, si no

intervenimos en el actual sistema, son que las pensiones se deteriorarán en su capacidad adquisitiva. Es más, el Decreto de 2013 *de facto* establece un tope del 0,25 de revalorización de la pensión. Si el índice de precios al consumo, la carestía de la vida, por así denominarlo, va evolucionando en estándares más altos, es indudable que se producen unas depreciaciones que el sistema no aguanta. Por tanto, hay que tratar de introducir elementos sustantivos que permitan una sostenibilidad y que no deterioren la capacidad adquisitiva. El desiderátum es que no se deteriore. Otro aspecto es la fiscalidad, porque en nuestro país, en términos globales, con los deseos que hay de rebajar determinados impuestos, es una fiscalidad muy por debajo del promedio de la europea en su conjunto. Muchos países a los que hacemos referencia, como los nórdicos, tienen unas fiscalidades que están muy por encima de las nuestras. Por tanto, no podemos aspirar a tener un Estado de bienestar sostenible con fiscalidades que están muy por debajo del promedio europeo y muchísimo más de los promedios de los países nórdicos. Pero hablar de ello es adentrarnos en el ámbito de la política y este es un terreno en el que no quiero entrar ahora. Estamos hablando no solamente del fraude fiscal sino de las elusiones fiscales; es decir, de las fiscalidades legales que están bajísimas por las deslocalizaciones, pero abundar en ello sería entrar en todos esos debates que hoy tenemos abiertos en Europa y en el mundo.

Pero usted abrió un tercer vector que me sorprendió al apuntar hacia el futuro, hacia la futura sociedad de la robótica, de la inteligencia artificial; y ese es un debate apasionante. Lo que va a cambiar la robótica, la inteligencia artificial es, sin duda, el modo de empleo, el reparto del trabajo, por así decirlo, esa idea que las generaciones actuales y no tan lejanas teníamos de la estabilidad del empleo. La robótica va a cambiar en el mundo, es evidente, las expectativas; los empleos serán de otras características. Por eso, hay que aspirar a que esa robótica, esa revolución tecnológica, esa inteligencia artificial que ya está operando y que va a operar muchísimo más en el futuro esté regulada por los poderes públicos para servir a los ciudadanos, no para provocar un desbordamiento de su propio modo de vida. Los poderes públicos están para que esos grandes avances, que se están produciendo a una escala exponencial, actúen sobre la humanidad en su conjunto y sobre los individuos, favoreciendo sus modos de vida y controlando los efectos nocivos que pueden tener. Porque las posibilidades de obtener recursos con escasos medios robotizados, mecanizados, serán grandísimas y nosotros tenemos que procurar una sociedad en la que el trabajo ocupe un papel ligado no solo a la consecución de una retribución para poder vivir, sino a la propia dignidad humana. Hay teorías y libros que yo me leí en mi juventud que hablaban del papel del trabajo en el desarrollo de la evolución humana, de la transformación del mono en hombre, de que el trabajo es un elemento no solamente para obtener recursos ligado a la productividad, sino de dignificación del ser humano. Nosotros tenemos que conseguir una sociedad en la que la robótica y la inteligencia artificial estén al servicio de los individuos y los poderes públicos tienen que entrar en la regulación de ese sistema.

No me voy a extender porque no quiero abundar en ello, pero los tres grandes temas que usted tocó, que en algún momento desbordaron los objetivos, son discutibles, y algunas de las reflexiones que hizo también. Porque no tenemos por qué ligar necesariamente la edad de jubilación a la ecuación, tal como usted la ha definido: esperanza de vida menos equis años, que sería la que nos daría la edad. Podría haber otros enfoques distintos de acuerdo con lo que acabo de decir.

El señor PRESIDENTE: Muchas gracias.

Como aclaración, en el Congreso de los Diputados hay una comisión específica para tratar las pensiones, que lógicamente, en una parte, están vinculadas a la demografía. No se trata de reproducir todos los debates que ha habido sobre una cuestión tan compleja y específica como esta, pero sí de ver aquellos aspectos que, desde el punto de vista estricto de la demografía, puedan interferir más en el sistema de pensiones. No le pedimos, por tanto, que reproduzca todo el debate que hubo en la comisión del Pacto de Toledo, en la que usted compareció.

El señor HERCE SAN MIGUEL (economista, investigador del sistema público de pensiones y las consecuencias del envejecimiento de la población): Gracias, señorías, por sus observaciones, a las que voy a dar cumplida respuesta puesto que tenemos tiempo razonable para ello.

Como ha señalado el presidente, comparecí en la comisión del Pacto de Toledo el 1 de diciembre pasado, comparencia a la que, por supuesto, ustedes tienen acceso. Voy a resumir algunos de los argumentos que expuse allí porque vienen a cuento de las interpelaciones que me han hecho.

La portavoz del Grupo Parlamentario Popular ha hablado de cosas importantes a las que voy a referirme como el dilema entre sostenibilidad y suficiencia si hablamos de los efectos del envejecimiento o la longevidad. A mí me gusta más hablar de longevidad. Lo del envejecimiento me parece algo lúgubre y como los economistas tenemos fama de lúgubres, también los demógrafos, prefiero hablar de longevidad.

Hablemos, por tanto, de longevidad porque la buena noticia es que nuestras vidas son cada vez más largas y mejores. También se ha referido a la sostenibilidad y suficiencia el portavoz del Grupo Socialista.

Hay que analizar ese dilema para entender lo que sucede y para evitar el deterioro del sistema al que se ha referido su señoría. Si pudiéramos tener sostenibilidad y suficiencia a la vez, nadie estaría preocupado por ese tema. Por supuesto, nadie se opondría a que nuestro sistema fuese cada vez más sostenible, a que hubiese más recursos para poder pagar las pensiones todos los meses y a que las pensiones fueran cada vez mejores o, por lo menos, que su valor no se deteriorase, a que el 80 %, que por término medio recibe hoy la persona que se acaba de jubilar respecto a su salario previo a la jubilación, se preserve en poder adquisitivo no solo nominalmente, sino en todos los años que le quedan de vida. Un pensionista medio, hombre o mujer, vive 22 años más a partir de la edad de jubilación, de los 65. La Seguridad Social le ha devuelto todas las cotizaciones, sin distinguir regímenes —no me malinterpreten porque hay casos y casos—, que hizo él o ella y su empleador a los 12 años de haberse jubilado. Todo lo que le paga de más a razón de dos meses y medio más de vida por cada año que pasa hay que sacarlo de algún otro sitio. Esta dinámica es muy complicada y dinamita la línea de flotación del barco que tiene en la proa la sostenibilidad y en la popa la suficiencia, o viceversa.

¿Tenemos que elegir entre sostenibilidad y suficiencia? Si nos negamos a admitir ciertas realidades en mi opinión incontrovertibles, acabaremos eligiendo por la fuerza, que es la peor manera de elegir. Cuando tu coche se estrella a 80 kilómetros por hora contra una valla, la capacidad de opción es muy escasa. ¿Podemos prepararnos para alterar ese dilema complicado entre sostenibilidad y suficiencia? Sí. Y si tuviera que elegir cómo actuar desde el principio, preferiría que mi pensión me llegara todos los meses, aunque no fuera todo lo buena que me gustaría. Luego empezaría a pensar cómo mejorarla o instaría a que quienes tienen el sistema a su cargo pensasen en ello, pero lo primero que les pediría es que lo hicieran sostenible.

Este dilema solo se resuelve con más recursos. La fiscalidad es uno. Claro que podemos hurgar en los bolsillos de los contribuyentes que pagan y sobre todo en los de los que no pagan, en los de aquellos contribuyentes que se las ingenian para no contribuir, pero no sería suficiente para resolver el problema de la suficiencia. Por lo tanto, habría que invocar otros recursos. Se habla de descategorizar las pensiones de supervivencia que, que yo sepa, surgieron en el alba de la Seguridad Social, hace más de un siglo, en la tríada protectora: incapacidad, jubilación y supervivencia, y por tanto contributivas; y hay quien sugiere que ya no sean contributivas y que se paguen con los presupuestos generales. Como ustedes saben, las pensiones de supervivencia comprometen 22 000 millones de euros, el 2,1 % del PIB. Podemos decir que esto ya no lo paga el INSS, la Tesorería General, sino los Presupuestos Generales del Estado. En mi opinión, sería sacar un bollo de un horno caliente y meterlo en otro más caliente todavía: los presupuestos y la sostenibilidad.

Me preguntaba su señoría qué hacen otros países. Hay muchos países en donde no existen pensiones de viudedad. La familia que ha tenido la desgracia de que el principal o el secundario ganapán, el *breadwinner*, fallezca se la compensa con un capital o con unos pagos periódicos, con unas mensualidades, no con una renta vitalicia. Además, las mujeres españolas, que son las que, por fortuna para ellas, experimentan la viudedad más que los hombres, de cuarenta y muchos o cincuenta años en adelante van a tener su propia pensión de jubilación. La lógica protectora de la pensión de supervivencia hace más de un siglo estaba absolutamente indicada, pero hoy cada vez menos, por lo que a lo mejor hay que pensar en reformularla. Pero no quiero ir más allá.

¿Qué hacen otros países de nuestro entorno en materia de sostenibilidad y suficiencia? Voy a citar a Estados Unidos y a Suecia, antes a Suecia. Suecia en los primeros años noventa hizo una reforma importantísima; estableció las cuentas individuales; le dijo a cada afiliado a la Seguridad Social lo que había ingresado por su cuenta, por cotizaciones suyas y de su empleador, y lo que le correspondía de pensión. Equiparó la pensión a una verdadera renta vitalicia, correspondiente a las cotizaciones que había hecho. Eso es contributividad, no lo que practicamos en España; no se engañen, señorías, perdónenme que sea tan didáctico. La contributividad consiste en coger el esfuerzo que uno ha hecho, no por años ni por la edad que tenga, sino por lo que, efectivamente, ha cotizado y ponerlo rentar; y a partir de ahí se obtiene esa renta vitalicia que es la pensión.

Y ahora cito a Estados Unidos. ¿Han oído ustedes hablar durante la campaña electoral en los Estados Unidos de pensiones al señor Trump o a la señora Hillary Clinton? (*Denegaciones*). No. Pues en 2016 Estados Unidos emprendió una de las reformas de su sistema de pensiones más importante de los últimos lustros: *SOS save our Social Security Act*, que será una ley dentro de poco. Y esta reforma de las pensiones es una más de las muchas que el sistema americano emprende cada equis años cuando ve que para los treinta siguientes necesita estabilizar el sistema. La Seguridad Social te da una verdadera renta vitalicia que

tiene que ver, calculada con criterios actuariales, con lo que has cotizado. La Seguridad Social americana existe, aunque hay gente que se cree que no existe la Seguridad Social en América; hablo de pensiones, no de sanidad, que eso es otra cosa. Y es la mayor del mundo, tiene 160 millones de afiliados, 90 millones de pensionistas; tiene un *trust fund*, un fondo que es cuatro veces el PIB español, de tres billones —*three trillions*— de dólares y ese fondo está invertido en bonos del Tesoro americano emitidos especialmente para la Seguridad Social. Pero todos los superávits que tiene la Seguridad Social americana se los queda el Tesoro Federal y se lo gasta en lo que quiere. A cambio le da un bono recién emitido. Si el Tesoro Federal hace *default* la Seguridad Social se quedará sin tres billones de dólares; pero no va a suceder eso. Y cada equis tiempo hace las reformas necesarias para que eso sea sostenible en los próximos treinta años. Así van en Estados Unidos, y no habla de ello en las campañas electorales. Son dos casos de países muy interesantes.

¿Qué hacen los trabajadores suecos y americanos con el cincuenta o el cuarenta y tantos por ciento de tasa de sustitución que les dan las pensiones públicas en Suecia y en Estados Unidos? Hacen su propio ahorro; cuentan con sus pensiones de empresa. Cualquier empresa digna de tal nombre en Estados Unidos tiene la obligación de tener un plan de pensiones para sus empleados, y en muchos países esta es la solución que existe. Por el contrario, en muchos países europeos de nuestro entorno, en Alemania o en Francia, se hacen cosas, pero no todas las que debieran porque están experimentando una reducción sistemática de la tasa de sustitución, que es la misma que prevemos para España después de la introducción del índice de revalorización de las pensiones, del 0,25 % famoso al que ahora me referiré. Pero no hacen nada más, porque en Alemania no hay planes de empresa. En Alemania no hay nada previsto para compensar —en España tampoco hay mucho, no nos engañemos— la pérdida de peso de la pensión pública, que es inevitable, no ya porque haya menos afiliados por pensionista —que sí, la población está disminuyendo en Alemania, y en Japón— sino porque cada pensionista vive cada vez más. Es un chicle que tendremos que estirar cada vez más, y la cuestión crucial es de dónde sacamos los recursos.

El índice del 0,25 %, señoría, tiene usted razón, supone, cuando la inflación es el 2 %, la pérdida de poder adquisitivo en un 1,75 %. Una persona que se jubila hoy tiene, en términos medios, como decía, 22 años de esperanza de vida una vez que ha cumplido los 65 años, que todavía no es la edad efectiva media de jubilación; de manera que 22 años con una pérdida del 1,75 % —esa es la fórmula del interés compuesto que todos aprendimos de pequeños— le da una merma del poder adquisitivo del 43 %. La tasa de sustitución se reduce al 57 %. De cien sándwiches que pudiéramos comprar hoy cada mes con nuestra pensión pasaríamos a poder comprar, con una inflación del 2,5 %, cincuenta y siete sándwiches, justamente cuando a lo mejor más hambre tenemos y más lo necesitamos. Hay que pensar en eso, efectivamente. Hay que pensar en recursos adicionales privados, públicos o mediopensionistas, nunca mejor dicho, que nos ayuden a cubrir ese gap, porque bastante hará la Seguridad Social si logra mantenerse sostenible e intacta, en mi opinión —perdónenme— hasta entonces; la española, la francesa, la alemana, la japonesa, etcétera. De manera que sí, tenemos un mecanismo muy determinante: el 0,25 %, porque el IRP desnudo del 0,25 % no será positivo. Desde luego, yo no lo veré en lo que me queda de vida. No veré positivo el IRP en lo que me queda de vida si no tuviera el 0,25 %; por razones puramente de balance efectivo de nuestro sistema, y es lo que mismo que sucederá en muchos otros países.

Y sí, podemos, si hablamos de la fiscalidad, hurgar en los bolsillos hasta de los robots. Luego hablaré de eso, de hacer que los robots paguen cotizaciones y compartan la productividad. Pero antes quiero terminar con la interpelación de su señoría sobre la compatibilidad de la pensión y el trabajo. Yo estoy acogido a la jubilación activa —me parece una excelente figura; le estoy dando al sistema 20 000 euros cada año—, porque como profesor de universidad tengo derecho a la pensión máxima —un poco más de 36 000 euros—, y además tengo que pagar un 8 % de cotización de solidaridad y el 1,35 % de accidentes de trabajo o enfermedad, por si acaso. A cambio, puedo compatibilizar lo que me queda de pensión —que me parece muy bien— con el trabajo de consultoría, sin límite de dedicación y de ingresos. Es una excelente figura, y no me duelen prendas decirlo, ni haberlo dicho en muchas ocasiones. Que tenga que ir al 100 % —tenemos esa promesa de la ministra de empleo encima de la mesa— es uno de los puntos del acuerdo de 150 medidas entre Ciudadanos y el Partido Popular, y yo lo saludo. Me gustaría que quedara esa cotización de solidaridad; me gusta el nombre. Obviamente, quienes estamos jubilados ya no podemos cotizar por contingencias comunes —yo he cotizado treinta y nueve años—, pero vamos a contribuir de alguna manera. Yo no quiero la máxima compatibilidad, ya estoy contento con la que tengo; mucha gente estaría contenta con la que hay si se lo supiéramos explicar bien —a lo mejor es en eso donde estamos fallando— y, además, es voluntaria. Esa es la belleza de muchas normas, que no te obligan sino que te autorizan, te permiten hacer algo que tú desearías poder hacer. Esa es una buena vía. Pienso que hay que perseverar en ella, y solo puedo decir que me gusta que tengamos esas opciones en nuestro sistema.

Termino ya haciendo alusión a los robots y al valor del trabajo. Claro que sí, está muy bien que todo el que lo desee y lo necesite —y enfatizo este binomio— tenga derecho a trabajar. Lo mismo que todo el que la desee y la necesite tenga una vivienda solventemente. De la misma forma, hay que trabajar solventemente. Los trabajos no se nos dan, no caen del cielo. Adam Smith tenía un sentido muy peculiar de los derechos, no solo de las obligaciones, sino de los derechos: si yo estoy habilitado para trabajar, deseo trabajar, me he formado para trabajar, me esfuerzo para trabajar y postulo por un trabajo que está libre, nadie puede impedirme que ejerza ese trabajo. Ese el derecho al trabajo. El derecho al trabajo no es tener un trabajo haga lo que haga, piense lo que piense; no, hay que tener una actitud, que la tienen la mayoría de los trabajadores y las personas que desean trabajar. Desgraciadamente, no tenemos un sistema productivo en condiciones de ofrecer empleo a muchas personas, por lo que seguramente tendríamos que esforzarnos en tomar medidas pronatalistas. Esto me parece importante.

Ha hablado usted más que del futuro del trabajo del reparto del mismo. Yo prefiero hablar del futuro del trabajo. Es más, prefiero hablar del trabajo del futuro, porque soy optimista. Creo que los robots desplazarán en buena hora a muchas tareas onerosas que hoy la gente está harta de hacer; y creo que hay que prepararse activamente y proactivamente para eso; por lo tanto, no podemos seguir educando y formando a nuestros jóvenes en los trabajos de sus abuelos.

Perdónenme que lo diga, pero sé de lo que hablo porque he estado, como les decía, casi cuarenta años dando clases en la universidad española.

Ha hecho usted alusión a que la inteligencia artificial debía estar regulada. Esta es justamente la tesis que afloró hace unos días en las redes sociales a cargo de Skidelsky, que es el biógrafo de Keynes, y decía que una especie de Gobierno mundial debería ralentizar la aceleración del progreso tecnológico. Ni veo a ese Gobierno ni sé si lo deseo ni creo que eso vaya a suceder, eso es verdaderamente *wishful thinking*; es decir, la inteligencia artificial es un apoyo fundamental a la competitividad. Es más, a lo mejor los trabajadores que necesitamos son tan escasos que por eso estamos dispuestos a pagar lo que no está escrito por un robot con tal de que nos hagan las tareas que precisamos.

Es verdad que en una tienda de regalos en la que hay que colocar cosas en la estantería nunca amortizaríamos un robot; preferiríamos que nuestros sobrinos o el hijo de la vecina nos ayudaran, porque el empleo se ha abaratado de tal manera en nuestro país que hemos perdido el paso de la tecnología. El problema, señorías, no es que haya muchos robots, es que hay pocos. El problema, señorías, no es que haya demasiada inteligencia artificial, es que hay poca, y visto lo que da de sí la natural, a lo mejor conviene pensar que la inteligencia artificial podría ser una salvación para un país como España.

De verdad, soy escéptico, pero, a la vez, estoy entusiasmado con el hecho de que podamos debatir sobre temas de la sustancia como el que tenemos por delante. Mi misión esta tarde —perdónenme, señorías, que me ponga estupendo— ha sido tratar de mencionarles dos elementos cruciales ligados a la longevidad. Hagamos de esa excelente noticia lo que de verdad es. No nos atemorizamos por ello. Veamos cómo administrar social e individualmente, con qué incentivos —y ahí entra la política—, esa excelente noticia y ese excelente recurso que es maná para todos.

Dentro de pocos años nos vamos a quedar sin brazos —se lo diría el director general del Instituto Nacional de Estadística el otro día—. Los efectivos en edad de trabajar van a resolver por sí solos el problema del desempleo; además, el empleo se está normalizando rapidísimamente. Les aseguro que no mucho después de que empiece la próxima década tendremos problemas de brazos en España, y no lo vamos a resolver con natalidad. A lo mejor tendremos que formar a las personas que deberán desempeñar los trabajos que ya los robots nos estarán diciendo cuáles son y cuáles no son.

Aquí me gustaría concluir.

Muchas gracias, señor presidente.

El señor PRESIDENTE: Muy bien. Concluimos con este debate sobre la robótica, que, sin duda, es uno de los debates de futuro que tendremos que encauzar en España.

Muchísimas gracias, señor Herce, por su muy interesante exposición.

Ruego a los portavoces de los grupos que se queden un momento para planificar los próximos trabajos de la comisión.

Muchas gracias a todos.

Se levanta la sesión.

*Eran las dieciocho horas y treinta y cinco minutos.*